UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO.

DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1890 Á 1891

POR EL DOCTOR

D. JOSÉ GILES Y RUBIO,

CATEDRÁTICO NUMERARIO

DE

LITERATURA GENERAL Y ESPAÑOLA.



55145

OVIEDO:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE VICENTE BRID,

Canóniga, 18.—Teléfono, 111.

1890



A mi querido amigo Luis Montoto, en prueba de antigua y buena amistad —

El Autor



Ilmo. Sr.:

Señores:

No penseis que hay en ello alarde de modestia, si al dirigiros la palabra desde este sitio, comienzo por confesaros cuán grande es mi temor y cuánta mi desconfianza al dar cumplimiento á la obligación que el Reglamento me impone; pues, creyéndome indigno de merecer el puesto de honor que me designais, comparo, con harto pesar mío, lo mucho que podeis exigirme al elevar mi voz en nombre de tan docto Cláustro, con lo poco que podrá ofreceros quien no cuenta con otro apoyo que vuestra benevolencia, agotable al fin, ante la escasez de mis merecimientos. Ley dura la que me obliga en la ocasión presente á esta franca cuanto justa declaración; mas no tan dura que me impida tomar parte en vuestro regocijo, en este solemne día en que la Universidad se engala para honrar á sus hijos predilectos; en que aquí congregados podemos apreciar el fruto de nuestra labor pasada y tomar nuevo aliento con que emprender la venidera, y en que maestros y discípulos, estrechando cada vez

más el lazo que nos une, damos una prueba evidente de no haber echado en olvido aquel sano principio, preconizado por Platón en su admirable filosofía, y sin el cual fuera estéril todo esfuerzo en materia de enseñanzas. Pero en medio de este júbilo que me rodea, cuando veo la alegría reflejada en todos los semblantes, y en ella á un tiempo confundidos los dejos de la obligación satisfecha y el anhelo de nuevas conquistas, siento que un profundo dolor se apodera de mi espíritu, dolor que nace de reciente y aun no cicatrizada herida, y en momento tan solemne trae á la memoria el recuerdo de aquel ser que fué para mi todo ternura, á quien debo, al par que la existencia, la fe en Dios y en el trabajo, únicas virtudes de que puedo ufanarme, del ser cuya pérdida ha dejado en mi alma el más inmenso de los vacíos...!

Y ¿qué hilo misterioso habrá de conducirme, sin transición violenta, desde estas tristes regiones en que me ponen mis recuerdos, á aquellas más alegres y regocijadas, que en estilos llenos de donaires, acertaron á pintarnos los Quevedos, los Lunas y Espineles? ¿Cómo hablaros de la *novela picaresca*, tema objeto del presente estudio, sin que el pensamiento, purificado por el dolor, no rompa con *pícaros* y *truhanes* y se rebele contra el arte, que allá en tiempos de gloria para España, halló motivos de inspiración en lo más ruín y bajo de la vida? Sin duda que la de tales héroes no es el camino más seguro para llegar á la perfección, pero hay tanto aprovechable en aquellas aventuras, son tan claras sus enseñanzas, tan profundas sus filosofías, y se hallan tan maravillosamente y con tanta verdad pintados el sufrimiento, la abnegación y el sacrificio, que si una vez recorrido el intrincado laberinto de episodios, propios de un arte que esbozaba el género, tratamos de exprimirles el jugo, sentimos caer en el ánimo gotas de resignación que lo fortifican, templándolo y disponiéndolo para los rudos golpes con que nos amaga la existencia.

Y he aquí por qué, Ilmo. Sr., cuando tenía la honra de ser designado para inaugurar las tareas de este curso académico, no vacilaba en dar la preferencia á un género de literatura, tan popular en otro tiempo, cuanto poco leído en el presente, tan traído y llevado de propios y extraños, sin que todos hayan tenido la paciencia de analizarle, excepción hecha de algunas de sus más conocidas obras, y sobre el cual, como sobre otros muchos puntos de nuestra historia literaria, aún se deja sentir la necesidad de una labor más seria y detenida. Mas no creais que pretendo ahora llenar

ese vacío: pues ni el plazo de que dispongo me permite allegar los materiales necesarios, ni la índole de este trabajo lo consiente, ni acaso lo consiguiera mi deseo. Antes bien, veré cumplido mi propósito, si logro presentar en breve cuadro el camino recorrido por el ingenio español en este género de novela; que fuera vano empeño obstinarme en mantener esta tribuna á la altura en que ha brillado en años anteriores, y no hallárais disculpa á mi osadía, si fiando el éxito de tan modesto trabajo á la elección del tema, creyera haber dado con uno capaz de llenar el más insignificante hueco en la sólida y bien labrada fábrica de vuestra observación. Seguro, pues, de que no habreis de exigirme más de aquello á que me obligo, y alentado por la confianza que el auditorio me inspira, paso á ocuparme en el *Origen y desarrollo de la novela picaresca*, no sin que antes vuelva á suplicaros la benevolencia de que tanto necesito.

I.

Cuán propio es el nombre de *historias* con que los antiguos designaron aquellas especies de libros destinados á servir de mero entretenimiento, y á los que otras edades más cultas, pero con menos propiedad, han dado el de *romances* y novelas! Ellos, apesar de haber sido engendrados por la fantasía, lograron encerrar en sus páginas mayor cantidad de verdad que la historia misma, siendo cosa averiguada, que quien aspire á poseer la clave de pasados siglos y vivir la vida que vivieron nuestros mayores, habrá de preferirlos con ventaja á la más desnuda relación de la crónica. (1) Y es que no pudiendo la ciencia prescindir de su carácter reflexivo, ni apartarse de la lógica, ni separarse de la razón, tendrá que detenerse siempre allí donde penetran las intuiciones del arte, impulsadas por divino aliento, y descubren y hacen visibles los impalpables átomos que informan la realidad. Por eso hasta en aquella literatura caballeresca, que hoy nos parece tan absurda y monstruosa, hallamos descifrado el enigma de su tiempo. También ella obedeció, en cierto modo, al principio de imitación de la naturaleza, proclamado por Aristóteles y más tarde por Batteux; porque *el universo poético del Estagirita se extendía mucho más allá del universo visible; tenía por límites lo infinito;* (2) y no hay causa que justifique la exclusión de tan vasto campo, de un género de ficciones, que por absurdo que hoy parezca, nació al calor de una atmósfera saturada de hechos estupen-

---

(1) «. . . Por esto la poesía es cosa más filosófica y más grave que la historia, pues la poesía habla con preferencia de lo general y la historia de lo particular. — Aristóteles. — *Poética*, IX, § 1.

(2) *Memórias de la Academia Española*.—Año I, tomo I, pág, 340.

dos. Pero cuando poco á poco fueron desapareciendo las costumbres feudales: cuando la lucha se hizo menos personal, y dió espacio á la vida de paz y de familia, y la luz del Renacimiento comenzó á inundar los antros de la inteligencia, aquel modo de arte dejó ya de ajustarse al principio aristotélico, abandonó el camino de la naturaleza, para entregarse á frias imitaciones de la espontaneidad anterior; y como la espontaneidad, ni se aprende, ni se falsifica, de aquí el sin número de libros de imposible lectura en nuestro tiempo, aún para los que tenemos la obligación de estudiarlos, y aptos solo en el suyo para sorber el seso á gentes tan inofensivas como el bueno de Quijada. Menester era que una de esas reacciones tan frecuentes en la vida del arte, llevara á cabo en este género la trasformación que los demás experimentaban, dotándolo á su vez de más ricos y variados elementos. Pocos eran, en verdad, los que en este punto podían ofrecer al Renacimiento las literaturas clásicas; pues aparte, como es sabido, de los trabajos de Luciano, Petronio y Apuleyo, de Jámblico y Heliodoro, de Aquiles Tacio y Dión Crisóstomo, juntamente con los de Jenofonte de Efeso, Aristenetes, Alcifrone, Longo y Caritón de Afrodisia, apenas si griegos y latinos nos dejaron otros modelos que imitar, ya por falta de cultivo, ó bien por haber perecido en el estrago de los tiempos. No obstante, estas reminiscencias del mundo antiguo, con otras de las literaturas orientales y de la musa provenzal, bastaron para orientar al genio, y lanzado por nuevos derroteros el del autor de *Il Decamerone*, (1) y seguido éste, más ó menos de cerca, por Chaucer, en sus *Cantorbery-Tales;* por Franco Sachetti, en sus *Trecente novelle;* por Ser Giovane Fiorentino, en su *Pecorone*, y por tantos otros como se lo propusieron por modelo, quedaba establecida en Europa una forma de novela más breve, más legible y más humana que los libros de caballería, aunque no tan pura y transparente como la que nos había dado á conocer los espirituales amores de Artuses y Oliveros. Difícil es hallar en el carácter complejo que el Renacimiento nos ofrece, el principio de unidad que preside siempre en las grandes épocas de la historia. Cierto que el espíritu helénico revivía en la humanidad, no para

(1) «Ma la novella diventò vera opera d' arte, solamente nel secolo decimo-quarto, passando per le mani d' un uomo di genio, del Certaldese Giovanni Boccaccio.» etc.—Angelo de Gubernatis.- *Storia Universale della Letteratura*.—Vol. IX, V.

retrotraerla á los siglos de Augusto ó Perícles, sino para impulsarla al logro de más altos ideales; pero cierto también que aceptado aquél en todos sus accidentes, por una sociedad cuyos refinamientos podían, conforme á los mayores adelantos, tomar la delantera á los antiguos, se daba entrada á exagerados cultos de la forma, á inútiles disputas bizantinas, y á toda clase de libertades, sutilezas y amaneramientos. De aquí, por lo tocante al arte, la peregrina idea que asaltó á los ingenios italianos, y después á los de todos los países, de disfrazar bajo el pellico del pastor la prosa de sus vulgares aventuras. Yo transigiera de buen grado con todas esas arcadias que imaginaron Sannázaros y Guarinis y quintaesenciaron españoles y franceses, si, como indica un escritor contemporáneo, (1) el *bucolismo*, ó *rusticismo*, que él diría, representara siempre el anhelo de una vida sencilla y apacible y el sentimiento purísimo que suele despertar en el alma el sublime espectáculo de la naturaleza; pero si tales rasgos encontramos en algunos, muy contados, poetas del Renacimiento, quizá más que en ninguno en nuestro Garcilaso, nada tan distante de las siracusanas playas descritas por Teócrito, y hasta de los fingidos, pero bien ataviados pastores virgilianos, que aquellas insulsas pastorales donde el principal interés estribaba en la verdad que encubrían, donde el pensamiento se quebraba de puro sutil y la frase se pulía conforme al gusto refinado de sus lectores.

Reservado estaba á nuestra nación el dar con un género de ficciones, sino tan original en la forma como ordinariamente se ha supuesto, el más real y verosímil, y el más español, sin duda, de cuantos por entonces se cultivaron. Y digo el más español, porque al ponerlo en parangón con el arte que inmortalizaron Lópe y Tirso, Calderón y Moreto, todavía descubro en éste, con ser tan popular y propio de su época, algo de convencional en la forma, de anacrónico en el fondo y de abultado en el conjunto, cualidades que, si lo elevan á las regiones de lo majestuoso, lo alejan, en parte, de la España verdadera de los siglos XVI y XVII; al paso que en la *novela picaresca*, escrita con cierto descuido y menos pretensiones, conforme todo á su más humilde abolengo y á no haber cifrado en ella sus autores la propia gloria, parece como que se sorprende el espíritu de aquellos siglos en que ya se iniciaba nuestra decadencia, al igual que el ro-

(1) Mr. Martha.—*La poèsie rustique*.

mancero había sorprendido el de los más heroicos de la Reconquista. Y, contraste singular: el mismo público que aplaudía en los *corrales* las creaciones de Lópe, ensanchando su alma ante el espectáculo del honor triunfante, la virtud enaltecida y la justicia satisfecha, buscaba en el relato de truhanescas aventuras el placer de contemplar la naturaleza por su lado menos favorable, reconstruyendo así en la mente, quizá sin darse cuenta de ello, el concepto total de la vida, que partido en dos mitades diferentes el arte le mostraba. Esta popularidad, de la cual responden hoy los centenares de ediciones que de semejantes novelas se hicieron dentro y fuera de nuestra nación, al par que nos da á conocer hasta qué punto pudo el favor del público influir en su desarrollo, acusa en ellas la existencia de un poder capaz de atraer y fascinar las inteligencias de los lectores, sin que para éstos hagamos distinción de tiempos ni países. Lográronlo nuestros ingenios apartándose del camino de lo maravilloso, entonces tan en boga, y sin acudir á bosques ni florestas, eternas moradas de Dianas y Galateas; bastóles con dirigir una mirada en derredor suyo y contemplar el cuadro que ofrecía la España de los Felipes, grande y fastuoso en la apariencia, pequeño y miserable en el fondo, y con este *documento humano*, como diría un flamante *naturalista*, pusieron manos en su obra, hasta dejarnos con ella el más lindo y gracioso de los bocetos. No busquemos en él profundas psicologías, complicado estudio de caracteres, irresolubles problemas, ni morales conflictos. Bagaje es éste de modernos noveladores que los antiguos ni siquiera vislumbraron. Tampoco le pidamos perfecta unidad en el conjunto, solidez en las soldaduras de las partes y gusto sostenido en los pormenores. Resultado de un arte más sencillo, unió los episodios yuxtaponiéndolos, describió más por intuición que por reflexión, y con escasas, pero seguras, pinceladas de tal manera consiguió dar relieve á sus figuras, que al entrarnos hoy por aquellas páginas donde el chiste y la agudeza nos salen al encuentro á cada paso, parécenos estar contemplando una inmensa galería de retratos hechos por mano vigorosa, en los que no sabemos qué admirar más, si la verdad que respiran ó la habilidad con que están ejecutados. Nacía esta novela cuando el genio español tocaba á la cumbre de su grandeza, cuando la poesía, respirando los perfumes de la italiana, abandonaba las huellas de Dante para seguir las de Petrarca, y cuando la prosa del Rey Sabio y Alonso de Cartagena, enriquecida por Ordóñez de Montalvo y Hernán-

do de Pulgar, hacía verdaderos prodigios en las plumas de Fr. Luís de Granada y el castizo traductor de Baltasar Castiglione. Fluía por toda nuestra literatura la savia del clasicismo, ora imprimiéndole vigor, ora cargándola de erudición importuna, y á la vez que el libro de caballería, la más reciente pastoral y el cuento boccacciano, cultivábase la novela sentimental y alegórica, con tanto éxito introducida por Juan Rodríguez de la Cámara y Diego de San Pedro, durante la primera mitad de la anterior centuria. Conforme con estos adelantos mostrábase el *arte picaresco*, si bien al fundirse en moldes distintos, evitaba los escollos de la erudición, y, tomando por modelo la realidad, aparecía original en su fondo, nuevo en sus procedimientos, elegante y correcto en su estilo, y con aquella marca de fábrica exclusivamente española, que en vano trataron de imitar los ingenios extranjeros.

Mas no fueron sus formas tan peregrinas, que al proponernos señalar hoy las fuentes de sus verdaderos orígenes, no tropecemos con algunos elementos anteriores que, á manera de piedras miliarias, nos van marcando el camino de su existencia y desarrollo. Pero fuerza será antes de indicarlos fijar el concepto de semejante novela, si hemos de dar algún orden á nuestra exposición y limitar el objeto del presente trabajo. Los preceptistas, para quienes no hay manifestación del ingenio que resista á sus clasificaciones, encasíllanla en el lugar correspondiente á las *de costumbres*, bien que, al añadirle el calificativo *picaresca*, indican una especie dentro del género, cual es en la que se pintan las aventuras y lances propios de la vida de los *pícaros*. Pero á poco que se medite sobre el asunto, se comprenderá que en la *novela picaresca* existe más que esto. Trázanse en ella multitud de caracteres, de escenas y episodios, que no se limitan á una sola clase de la sociedad, ni tampoco á nuestra nación, ni al momento en que se describen; debiendo considerarse, desde este punto de vista, y en cuanto sus cuadros respiran siempre el más puro *realismo*, como *novela social* y eminentemente *humana*. Así mismo, si se tiene en cuenta que sus pinturas se refieren á la parte exterior de la vida, y que aquello más hondo de ella sólo se nos ofrece al modo que lo da á conocer el artista plástico, esto es, reflejado ó por transparencia, pudiera apellidarse también *pintoresca*, *descriptiva* ó meramente *externa*. Igualmente, si atendemos al espíritu que la informa, no erraremos dándole el nombre de *satírica;* si al fin que se proponen sus autores, el de *mo-*

ral ó *tendenciosa*, como se dice hoy; y si al conjunto de sus partes, el de *miscelánea*. Y aún todavía, si analizamos por separado cada uno de sus componentes, no habrá de faltarnos ocasión para denominarla *histórica*, *urbana*, *erótica*, *sentimental* ó *de aventuras*. Todo lo cual nos demuestra la imposibilidad de clasificar las obras de arte á la manera que lo realiza con sus plantas el botánico, y cómo el genio viene á echar por tierra las más acreditadas clasificaciones, destruyendo á veces la obra de un siglo, de un periodo ó de una civilización entera. De tomar como última diferencia de la especie la clase de costumbres en ella descritas, corremos el riesgo de no poder distinguir esta novela entre las demás del género; pues desde la *Celestina* á las *Ejemplares*, de Cervantes, y desde éstas á las de D.ª María Zayas, Barbadillo y Solórzano, apenas si hubo novelista durante el siglo XVII que no se viera picado del afán de hacer pasar á sus héroes por los vastos dominios de la *picardía*. Hay que acudir al procedimiento, á las formas y medios artísticos empleados en estas composiciones, si hemos de formar idea exacta de ellas y reducir á un mismo grupo las que ofrezcan idénticos caracteres. Nadie ignora, por poco que haya frecuentado la lectura de nuestros clásicos, cuán grande es el parecido que se observa entre los protagonistas de semejantes obras. Todos son *pícaros* por herencia; pero no por la herencia física que supone el *naturalismo*, sino por la la herencia moral, por aquélla que es resultado del mal ejemplo, de la falta de consejos y educación convenientes durante los años de la infancia, y que más tarde arrastra al hombre, como consecuencia lógica, nunca como ley fatal é incontrastable, á cometer los más violentos desafueros. (1) Y

---

(1) A veces hallamos rasgos en nuestros antiguos novelistas, que parecen contradecir esta afirmación. Por ejemplo:

«...un ama ladrona crió con su leche á un emperador, y salió tan inclinado á hurtar, que por satisfacer su inclinación hurtaba.»

«... de los padres, madres y lechonas, digo de las que nos dan leche, chupamos á vueltas de la sangre los humores y costumbres como si fuéramos los hijos esponjas de nuestros ascendientes.

La Picara Justina.—Lib. I, cap. II. *(Del abolengo festivo).*

Pero bien pronto vuelve el autor por los fueros de su doctrina:

«Y no me digas que estos males se heredan, porque de puro usados se hacen connaturales, y por eso se heredan como naturales.»

Idem, idem.

«Porque ¿qué más propio cocer y tragar sus hijos puede haber que cocerlos en maldades, y aprender en ellos el fuego del pecado y deshacer sus almas con ruines consejos y ejemplos?»

Idem, idem, cap. III. *(De la mesonera astuta).*

de tal modo dejaron á salvo nuestros ingenios la libertad de albedrío, que no hay *pícaro* en quien no descubramos el famoso *imperativo* de que nos habló el filósofo, llegando algunos, al *conjugar* el bien en todos los *tiempos* posibles, al extremo de fatigarnos con sus cansadas advertencias. Imaginado así el carácter, se le dejaba gustar el *almíbar de la florida picardía*, por donde se le deslizaba *de hilo en hilo y á cierra ojos*, hasta que, *dando bordos y sondando tierra*, llegaba á maestro en aquella vida, que, en frase de Mateo Alemán, *era bocado sin hueso, lomo descargado, ocupación holgada y libre de todo género de pesadumbre*. (1) Y cuando ya cansado de aventuras, pesaroso del mal causado y aleccionado por la experiencia, persuadíase el héroe de que *no hay senda fuera de la virtud, ni bien como el santo temor de Dios*, se le hacía tomar la pluma para dar en *largo discurso de su vida ó breve relación de sus trabajos*, (2) enseñanza á la juventud, consuelo á su vejez y al mundo divertimiento. Tal es la nota común y más característica de esta novela, y por medio de la cual se conseguía la unidad del conjunto. Después, y bajo este plan general, hallaban cabida escenas de corte y aldea, lances de amor y cuentos de camino; describíanse garitos, salones, ermitas, posadas, vendejas y yermos; sacábase á plaza desde el blasón y la hidalguía hasta la prostitución y la mendicidad, y, arremetiendo contra médicos y frailes, terceras y venteros, alguaciles y corchetes, cuadrilleros, rufianes y malsines, se hacía riza en todos ellos, á los golpes de agudísima sátira, y se nos dejaba con la censura de sus vicios el cuadro más acabado de las costumbres. Ahora bien: ni el uso de la sátira, tan frecuente en nuestros novelistas del siglo de oro, ni la corrupción de las costumbres, ni la libertad para pintar escenas que no se compadecen á primera vista con la austeridad de principios de que siempre hizo gala el ingenio español, ni la forma autobiográfica que adoptó esta novela, ni siquiera la concepción artística de un *pícaro*, dispuesto á probar fortuna en todas partes, sin que el hábito de lo malo le haga criminal hasta el punto de extinguir en su alma el recto sentido del bien, fueron cosas tan desusadas en España, que no pueda rastrearse su existencia desde tiempos muy anteriores á los en que aparecieron en el mundo Lazarillos y Guzmanes.

---

(1) *Aventuras de Guzmán de Alfarache.*—Parte I, lib. II, cap. II.

(2) *Relación primera de la Vida del Escudero Marcos de Obregón.*

Trasplantado el apólogo oriental á la literatura hispano-latina, desde el siglo XII, y enriquecida la vulgar, al mediar el XIII, con las colecciones de cuentos árabes que tenían por fuentes más ó menos remotas el *Pantcha-Tantra*, el *Sendebar* y el *Hitopadesa*, (1) tomaba la poesía castellana el tono de la verdadera sátira, cuando, casi al mismo tiempo que el ingenio francés ponía fin á las burlescas ficciones del *Roman du Renart*, trazaba nuestro Juan Ruíz sus cuadros llenos de gracia y travesura, aunque de intención harto equívoca, pues por más que, como él mismo aseguraba, tratase sólo de *reducir toda persona á memoria buena de bien obrar é á dar en tiempo buenas costumbres é castigos de salvación*, su espíritu maleante le llevó más de una vez á traspasar los límites de la prudencia, dando en ello ocasión para que fuera puesta en duda la rectitud de sus propósitos. (2) Ni eran menos libres las escenas de seducción que por entonces hallaban cabida en el *Libro de los Exemplos*, ni menos acres las censuras con que el autor del *Libro de los Gatos* aspiraba á corregir las costumbres de su siglo, poniendo de relieve en próceres y vasallos, alcaldes y merinos, clérigos, monjes y prelados, la ambición é ignorancia de los unos, la lujuria y glotonería de los otros, y los vicios y malas artes de todos. En tono más severo, pero no menos duro, sacaba á la vergüenza pública el Gran Canciller Ayala, en su *Rimado del Palacio*, desde el orgullo y la soberbia que habían reducido la Iglesia al extremo de *faser sudores de sangre*, hasta el escándalo y bajeza en que se arrastraban príncipes, validos y palaciegos; no perdonando en su justa cuanto acerada sátira, ni á los mercaderes, que tienen *fecha cofradía con todos los diablos*, ni á los letrados, que al poner en *el dinero sus más finos amores* y tender sus redes para que en ellas caigan los incautos, nos recuerdan aquellos otros no menos falaces que consumieron la hacienda de Lázaro, cuando éste pleiteaba contra su mujer y el Arcipreste, (3) ó los que, *dando mordiscos en la ya mermada herencia*, *dejaban*

---

(1) Estos cuentos fueron traidos nuevamente al castellano durante el siglo XVI. En 1530 se imprimia en Burgos el *Libro de los siete sabios de Roma*, traducción de la versión latina del monje de Alta Silva; y en 1579 aparecía, impresa en Amberes, la *Historia lastimera del principe Erasto*, de PEDRO HURTADO DE VERA, que el Sr. Amador de los Rios cree tomada de la versión italiana *Li compasionevoli avenimenti di Erasto*. (Venecia, 1542).

(2) PUYMAIGRE.—*Les vieux auteurs Castillans*.—Tome II, chap. XV.

(3) *Segunda parte de Lazarillo de Tormes*, por H. DE LUNA.—Cap. VIII.

sin blanca al héroe engendrado por la astucia en las orillas del Guadalquivir. (1) Con carácter más personal cultivaron la sátira los trovadores del siglo XV, preludiándose ya el *estilo picaresco* en la *Reprobación del amor mundano*, obra con que Alfonso Martínez de Toledo fallaba en contra del bello sexo el ruidoso pleito promovido en tierras de Aragón y Castilla, con motivo de la importación del *Laberento d'Amore*, invectiva con que Boccacio había tratado de vengar los desdenes de la ilustre viuda florentina. No desmayó la poesía en la noble empresa de poner correctivo á los desmanes que presenciaba, y la sátira política, con Pedro de Caltraviesa, Gómez Manrique, el autor de las *Coplas de Mingo Revulgo*, y tantos otros, fulminó sus anatemas contra los vicios del Estado; y la social dirigió sus dardos hacia todas las clases, especialmente contra el clero, ofreciendo en las *Coplas del Provincial* un cuadro sólo comparable al que de la corte de Aviñón había trazado Petrarca en sus *Eglogas* latinas. Espiraba el siglo XV dejando como precioso legado al XVI la obra de más alcance literario que hasta entonces produjera el ingenio español. Escrita en inimitable prosa, fundía por modo singular el espíritu de época con el aticismo clásico, ensanchaba los horizontes del arte, mostrando al artista más nuevos y seguros procedimientos, y daba á conocer hasta qué punto el estudio de la realidad y el profundo conocimiento de la vida logran éxito en las obras de imaginación. Nadie dudará que aludo á la fábula de Fernando de Rojas, (2) á la popular *Tragi-comedia de Calisto y Melibea*, más comunmente conocida por el nombre de *Celestina*. Ella abrió ancho cáuce á nuestras corrientes dramáticas, enseñó á desarrollar caractereres, á describir situaciones y episodios, á pintar con naturalidad y sencillez lo más escabroso y lo más profundo, y á emplear ese estilo sutil y fina ironía que tanto enaltece el escrito y tan maravilloso efecto produce en el ánimo del lector; ella, en fin, fue el fecundo manantial á que acudieron nuestros escritores picarescos, no tanto para trasladar á sus novelas las torpezas de Critos y Parmenos, Elicias y Areusas, cuanto para estudiar en éstos el proceso artístico

---

(1) *Aventuras de Guzmán de Alfarache.*- Parte I, lib. I, cap. II.

(2) Creo con el Sr. Cañete, en sus *Estudios histórico-literarios sobre el Teatro español del siglo XVI*, pág. 17, que Fernando de Rojas fué el único autor de la *Celestina*.

mediante el cual se había dado vida á semejantes personajes. (1)

Ni fué la corrupción de costumbres patrimonio exclusivo de los siglos XVI y XVII, ni puede señalarse lo bajo del nivel moral durante aquel periodo, como causa y principal origen de la *novela picaresca*. Práctica ha sido entre los escritores extranjeros, en desquite quizá de los descalabros habidos allá por los años en que España dictaba leyes á las demás naciones de Europa, presentar á nuestros grandes hombres del siglo XVI como especies monstruosas, que atentas sólo á la consecución de sus fines, no retrocedieron ante las mayores perfidias. (2) Por fortuna, una crítica más cercana á nosotros, y, por tanto, más libre de sugestiones patrióticas y exagerados romanticimos, y, lo que es más importante todavía, con seguros datos, nos va haciendo justicia en este, como en otros muchos puntos, en aquellos países en que hasta ahora había permanecido ignorado el nuestro. No pretendo en la ocasión presente vindicar la memoria de aquella edad, de oro para nuestras armas y nuestras letras, de cuantas acusaciones se le han dirigido. Basta á mi propósito consignar, que existiendo de siglos anteriores el rebajamiento moral á que se alude, y que habiendo sido tomado en cuenta en todo tiempo por la parte de nuestra literatura que abandonó el campo de la ficción para inspirarse en la realidad, la *novela picaresca*, al reproducir más adelante los vicios propios de la sociedad en que aparecía, no hizo otra cosa que continuar la tradición ya comenzada, si bien con las variantes consiguientes al cambio en las costumbres y á los adelantes del arte. Indicadas quedan, al hablar de la sátira, las corrientes de corrupción que socavando la sociedad española de los siglos XIV y XV, se abrieron paso hasta llegar al XVI; pero si todavía creyéramos

---

(1) Vease E. Chasses, en su obra *La comèdie en France au seizième siècle*, pág. 161 y siguientes.

(2) «Les hommes les plus illustres de cette période sont souillés par des traits de perfidie qu' on ne pourrait comparer à ceux d' aucune autre histoire. Le grand capitaine Gonzalve de Cordoue, Pierre Navarro, le duc de Tolède, Antonio de Léva, et les plus illustres Castillans qui servaient sous Ferdinand-le-Catholique ou Charles-Quint, se firent un jeu de leur parole et des sermens les plus sacrés; tant d' accusations d' assassinats et d' empoisonnemens pèsent sur eux, qu' en suspendant notre croyance sur chacune, leur ensemble n' en souille pas moins la mémoire de ces prétendus grands hommes.» —Simonde de Sismondi, *De la littèrature du midi de l' Europe*. —Troisième edition, t. III, pág. 275.

exageradas aquellas pinturas, bastará fijar nuestra atención en los oradores y moralistas de aquel periodo, para convencernos de que no existe una línea divisoria que nos permita llevar las virtudes del lado allá de la España de Isabel y Fernando, y relegar á la de los Austrias los pecados y los vicios. No otra prueba se desprende de los esfuerzos con que insignes dominicanos, tales como Nicolás de Valladolid, Bernardo de Armengol, Domingo de Agramunt, Alfonso Hispano, Guillermo de Anglés y tantos otros, lucharon contra las tendencias de su siglo; llenas están de rasgos que confirman nuestra afirmación, las obras de un Jacobo de Venavente, de un Pedro Gómez de Albornoz, de un Fray Juan García y de un Pedro de Luna; sin que se echen de menos, al llegar la centuria siguiente, en las de un Alfonso de Cartagena, un Pedro Martín, un Lópe Ferrández, un Alfonso de San Cristóbal y un Hernándo de Talavera. Igual resultado se obtiene con la lectura de las crónicas, no faltando escritores de otro género, en cuyos chistes y perogrulladas se trasluce cierto fondo de indiferencia y excepticismo, (1) ni españoles perseguidos por la Inquisición, quienes al hallar seguro asilo en el extranjero, y libres ya del temor que las hogueras les infundían, dejaban, como el protestante Usoz en su *Cancionero de burlas provocantes á risa*, (2) la más acabada muestra del estado de corrupción á que habían llegado las costumbres. Hasta aquel espíritu aventurero, tan frecuente en la España de Carlos V, contaba con legítimos precedentes en los reinados anteriores. Basta hojear las relaciones de viajes, las crónicas y cancioneros del siglo XV, para ver cómo la tendencia hacia lo desconocido y el afán de lo imprevisto, iban ganando cada vez más terreno en la mente de los españoles. Ya sean las extravagantes aventuras que nos refiere Gámez en *El victorial de Caballeros*, ya las curiosas descripciones con que nos entretiene Clavijo en su *Vida del Tamorlán*, ó ya los mil episodios de que están llenas las de un Rodríguez de la Cámara, de un

---

(1) Véase la *Profecía de Evangelista* y el *Privilegio de don Juan II en favor de un hidalgo*, recientemente publicados por el Sr. Paz y Melia en sus *Sales españolas*. — Mayo, 1890.

(2) Debo el conocimiento de esta obra, impresa en Lóndres hacia fines del siglo XV, y más adelante reproducida en España, á la amabilidad y exquisita galantería de nuestro sabio y elegantísimo escritor el Excmo. Sr. D. Juan Valera.—Reciba en estas líneas la más viva expresión de mi consideración y afecto.

Fernández de Gerena, de un Juan Poeta, apellidado *el truhan* entre sus contemporáneos, y de otros muchos, cuyos rasgos nos presentan idénticos caracteres, siempre hallaremos confirmada aquella tendencia, que al llegar á su mayor apogeo durante el siglo XVI, vino á dar ocasión á la novela en que me ocupo. Pudo el oro de América, si no empeorar, contribuír al rebajamiento moral de las costumbres; (1) pudieron las guerras de los Austrias empobrecernos hasta el punto de tener que mendigar el pan extranjero, y pudo también nuestro orgullo y falta de hábitos de trabajo conducir á nuestra nación desde la cumbre de su poder á su completa ruina; (2) pero al hacerse intérprete la *novela picaresca* de cuantas calamidades y lacerias nos afligían, al atacar la sociedad por su lado vulnerable, descubriendo en ella los vicios que debían corroerla y dar en tierra con su esplendor, lejos de representar, como se ha supuesto, un signo de decadencia, así en el orden moral como en el literario, viene, por el contrario, á revelarnos toda la energía y vitalidad propias del periodo en que aparece; no siendo difícil hallar el parentesco que media entre aquella raza de *pícaros*, en los cuales siquiera sea para el mal, hay que reconocer fortaleza de carácter, y aquella otra de españoles no menos aventureros, quienes puestos al servicio de mejor causa, acudían ganosos de gloria á los campos de Italia y Flandes, ó iban allende los mares en demanda de nuevos mundos donde hacer imperecedero el nombre de España.

Ni fué tampoco desconocida la forma autobiográfica que adoptó esta novela, y que constituye, como queda indicado, uno de sus más esenciales caracteres. Empleada ya por Petronio y Apuleyo, recibía la sanción de Dante, al llegar la Edad Media, y de ella hacían uso en nuestra patria el Arcipresta de Hita, Imperial y sus discípulos, Mena, Santillana, Burgos, Gómez Manrique y el Cartujano, con cuantos cultivadores del arte alegórico siguieron en España las huellas del cantor de Beatriz. No considero de fecha anterior á la aparición del *Lazarillo del Tormes* ninguno de los romances picarescos en que se describen episodios de la vida de este

---

(1) Ticknor. — *History of Spanish literatare.*—Traducción de GAYANGOS Y VEDÍA.—Tomo III, pág. 294.

(2) «Une partie considérable de la populatión lutte habituellement en Castille contre le faim, et ne songe jamais à s' y soustraire par le travaill. etc.» SISMONDI.— *De la littèrature du midi de l' Europe.*—Tome IV, pág. 88.

personaje, (1) ni creo exista fuera de la realidad otra fuente á que poder referir el carácter del protagonista de dicha obra. Pero hay una, escrita hacia 1460, en la que, como ya observaba el sabio y diligente Milá y Fontanals, (2) se percibe la traza y disposición de la *novela picaresca*. Me refiero al *Libre de conçells* ó de *Les dones*, (3) que escribió en su propio dialecto, y en una forma de versos que recibió el nombre de *Cudolada*, el valenciano Jaume Roig, médico de D.ª María, esposa de Alfonso V de Aragón, y cuyo *ingenio, facilidad, copia de erudición y agudeza*, según Jimeno, (4) le *colocaron en la clase de los primeros y más celebrados poetas de su siglo*. Propúsose Roig *precaver á los jóvenes incautos de los escollos de la mocedad y atraerlos dulcemente á la devoción de María*. Echó mano para ello de la sátirá más despiadada que en autor se ha visto, é inspirándose en la *Reprobacion del amor mundano* y en cuantas obras tenían por fuente *Il Corvacio*, descargó sus iras contra las mujeres livianas, trazando un cuadro de tan subidos colores, que deja muy atrás, en algunos de sus pasajes, á los que le sirvieron de modelo.

---

(1) El erudito catedrático Sr. Sánchez Moguel, en el prólogo á la edición del *Lazarillo*, que públicó la *Biblioteca de la Correspondencia*, en Octubre de 1885, refiriéndose á la semejanza que existe entre uno de los episódios de la novela, y el que describe Sebastián de Horozco en su *Representación de la Historia evangélica del capítulo nono de Sanc Joan*, donde también figuran *El ciego á nativitate* y *Lazarillo su criado*, — dice: «Ya sea anterior la novela á la *Representación*, ó esta á aquella, ora se funde la primera en la segunda ó viceversa, ó ya, por último, una y otra en obras precedentes aun no conocidas, de todos modos resulta evidente la popularidad del ciego y su criado bautizado ya con nombre que ha quedado como vulgar y propio de criados de todos los ciegos.» Según dejo indicado en el texto, me inclino á creer que la novela procedió á la *Representación*.

(2) «El ejemplo de los cómicos latinos (al cual debió quizás tanto como á la observación de costumbres contemporáneas la tan admirable como repugnante Celestina), el de la novela italiana, y, según creemos, *alguna invención de nuestra propia casa*, promovieron la novela picaresca, no por esto menos original, . . . etc.» *Oración inagural, leida ante el Claustro de la Universidad de Barcelona en la apertura del curso de 1865 á 1866*.

(3) El título de esta obra, en la edición más antigua que se conoce, que es la de 1531, es como sigue: *Libre de Conçells, fet per lo Magnifich Mestre Jaume Roig, los quals son molt profitosos y salutables aixi pera 'l regimen y ordre de viure, com pera augmentar la devocio à la Puritat y Concepció de la Sacratissima Verge Maria.*—Jimeno da noticia de las ediciones siguientes: Valencia, 1531 y 1532, por Francisco Diaz Romano, en 4.°—Valencia, Juan Arcos, 1561 y 1562, en 8.° —Barcelona, 1561, en 4.°— Valencia, por Joseph Garcia, 1735, en 4.°—Citanse además dos traducciones castellanas. Me sirvo de la edición de 1866, hecha en Barcelona por Francesch Pelay Briz, y que en nada aventaja á las antiguas.

(4) *Escritores del reino de Valencia*.

Mas, al realizar el poeta el fin que se proponía, y aparte de la eficacia del medio empleado para conseguirlo, fué desarrollando en la autobiografía de su héroe, sin siquiera sospecharlo, una historia de aventuras tan parecida á la de los *pícaros*, que bien pudo servir de molde á las que más adelante se fundieron. Hé aquí ahora, en prueba de esta afirmación, el asunto de semejante libro, si bien expuesto con la brevedad que el tiempo exige, y sólo bajo el punto de vista que toca á mi propósito.

Tras un largo *prefaci*, donde Roig invoca á *Dèu Creador* y aconseja á su hijo Baltasar, comienza su relación el héroe (1) dándonos cuenta de su infancia y del mal ejemplo que de sus padres recibiera, con igual desenfado que lo hicieron Pablos, Guzmán y Lazarillo. Viuda su madre, lo arroja de la casa paterna en términos en que no se hubiera expresado la misma Aldonza Saturno de Rebollo, *con haber paseado plumas por Segovia*, (2) y, pobre y enfermo, entra en el hospital de *Clapés*, donde las hospitaleras, *al verle sin blanca*, *le tratan á cuerpo de perro*. *Pasada la terciana*, y dispuesto á correr mundos, se dirige á *Catalunya*. Allí

un cavaller
gran vandoler
d'antich llinatge
le pres per patge,

y á su servicio aprende los oficios de la nobleza; hasta que,

---

(1) El mismo Roig; pero no es el *Libre de Conçells* la autobiografía del poeta, como algunos han creido.

(2) «...A ta guisa
ves hon te mulles,
cerca hon te vulles,
de huy mes ta sopa,
esta nit çopa,
demá camina
á la broguina,
é si no 't plau,
bergant al Grau
te podras fer,
ó lanterner
de Cap de guaytes,
ó si t' afaytes
ser bon barber,
á ton placer
cantant cançons,
ballant als fons
de les tisores
tots jorns dos hores
prou guanyarás,
ó si volrás
esser obrer
de tintorer,
dos sous é nou
haurás per sou,
ó si troter,
puix escuder
esser volies,
també viuries,
pensa esta nit
ton bon partit,
no 't puch tenir,
ves á seguir;
taula, ni llit
te tinch per dit,
compte no 'n faces
qu' en mi trobases;
peus é mans tens,
guányat prou bens,
cerca ventura.»

Libre primer, part I.

enemistado con la esposa del *cavaller*, parte *en un laut de Viscains*, deseoso de volver al lado de su desnaturalizada madre, á quien encuentra casada de nuevo, si bien

féu matrimoni
ó esponsalles,
sens encartalles
ni capellá,

y le recibe de este modo:

Mesquí,
à ton despit
jo tinch marit,
cer pus honrat
que no l'orat
del pare teu,
de major preu
é pus valent:
vésten dolent.

Con tan amargo desengaño, acógese á un antiguo amigo de su difunto padre, comerciante acaudalado y virtuoso, en cuya compañía se substrae por algún tiempo de los rigores de la suerte. Más tarde se encamina *per Tarragona* á *Barcelona*, de aquí á *Montserrat* y á *Besés*, y, por último, á *Sanct Denis* y á *París;* no faltando en este largo viaje alguna escena propia de mesón, aunque de carácter menos regocijado que las que hallamos en las *novelas picarescas.* (1) Ardía en Francia la guerra contra ingleses, y en ella toma parte como uno de tantos aventureros, sin que el ejercicio de la milicia le impida probar fortuna en otro género de empresas:

En lo Janer
una polida,
galant, ardida,
gentil burguesa
flor de bellesa
de tot París,
. . . .
le feu saber
son bon voler,
lo grat é alt
ab prou desalt
del séu burges.

Acude el galán á la cita; mas no puede satisfacer sus deseos

---

(1) «Junt al hostal
prop lo portal
trobi la hosta
prou ben composta» . . . etc.

Libre I, part II.

porque, al administrar la *burgesa* cierto brebaje al *burges*, con el propósito de hacerle dormir toda la noche, cargó tanto la mano, que se le quedó entre las suyas; ocasionando esto el escándalo consiguiente, y dando lugar á la intervención del Parlamento. (!) En aquel mismo año obsequia con un banquete á sus camaradas, figurando en el *menu*, que tan prolijamente describe el poeta, ciertos pasteles, semejantes por su confección, aunque con *agravantes circunstancias*, á la tortilla y asadura que los dueños de sendas ventas presentaron á Guzmán de Alfarache. (1) Con algunos bienes, producto de sus campañas, y al cumplir los treinta y dos años, vuelve á su ciudad natal, y contrae matrimonio con una doncella

bona é bella,
ben endreçada

y *mòlt heretada*. Pero bien pronto descubre ésta la ruindad de su condición, al través de sus muchas hipocresías; pues, aparte de que

nunca filava,
ni dins dels guans
treya les mans,

y de que

porcell gruyent
tota la nit
era 'n lo llit,

ponía en uso otras prácticas mucho más peligrosas para la paz conyugal. Y menos sufrido nuestro héroe que Guzmán y Lazarillo, consigue al fin que, una vez probadas las perfidias de su esposa, se declare la nulidad del matrimonio. En cumplimiento de cierto voto, se dirigió en peregrinación á *Sant Jaume;* refiriendo, con motivo de esta jornada, escenas como la de *Requena*, *la Calçada*, *Olit*, *Saragoça*, *Terol* y *Segorb*. Vuelto á su patria, y por consejos de un capellán,

---

(1) «En un pastis
capolat trit
d' hom cap de dit
hi fonch trobat:
fonch mòlt torbat
qui 'l conegué
regonegué
que hi trobaria
mes, hí havia
un cap d' orella
carn de bedella
creyen mentjassen
ans que hi trobassen
d' unglal petit
tros mig partit,
tots lo miram,
é arbitrán
carn d' hom cert era; . . etc.»

Libre I, part III.

se casa con una dama viuda, quien pasa de esta vida, víctima de su empeño por conseguir lo que la naturaleza le había negado. Y desposado nuevamente con una *chiqueta* que había sido criada en un *monestir*, halla ocasión para mal decir *de monjes*, no perdonando en su saña contra las mujeres ni á las que se acogen en tan sagrado recinto. Al llegar á este punto y cuando, viudo de su tercera esposa, aún abriga el temor de la reincidencia, oye en sueños la voz de Salomón, que en una serie interminable de *conçells*, pasaje de donde la obra toma el titulo, le da á conocer las maldades y engaños de que las hembras son capaces; confirma su doctrina con ejemplos sacados de la historia, la tradición y las costumbres, y, haciendo resaltar las virtudes de las mujeres de la Biblia, presenta como único tipo de inmaculada pureza Aquella que, *entre cent mil*, es *la pus humil*. Y pues

les dones totes
..... son glotes
mes que la mar,
foch de cremar,
foch de cremar,
terra del ros,
d' infern chaós
no son pus glots,

jamás debe olvidar que

Eva 'l reves
en Ave gira,

y que sólo en la oración consagrada á María puede hallar consuelo á sus muchas tribulaciones. Con tan autorizados consejos, el héroe cambia de rumbo, jurando no volver á tomar esposa, y ajustar sus actos á los preceptos de la moral más austera. Para ello se encamina á la *Cartoixa*, dónde, examinada su conciencia por el Prior, cumple la penitencia que se le impone. Y después de visitar *Sanctes Creus*, *Poblet*, *Monserrat*, *Valbona* y *Vall de Crist*, y fortificar su espíritu con el espectáculo de la vida contemplativa que los monjes hacían, arregla la suya de tal modo, que, tomando á su servicio las personas indispensables, (1) y consagrado á las prácticas de la religión, logra, cuando á la sazón contaba

---

(1) «Sols un cambrer,
un escuder,
é comprador
coch, pastador,
tres me serveixen
é may me deixen,
son sou los pague
é 'ls afalague.»

Libre IV, part II.

noventa y cinco ó cien años (1) recuperar el tiempo mal gastado durante su juventud. Y arrepintiéndose, *de bon cor* del *fals dit* á que pudo arrastrarle la musa, nos advierte, no sin cierto gracejo, que

... no es tan brau,
fer, ni felló
cert lo lleó
com pintat par;

á invocando á la Santísima Trinidad, cierra por fin el cuadro de tan extrañas aventnras.

Tal es, pues, el asunto de esta obra, en la que ya, como vemos, se bosquejaba el plan de la *novela picaresca*, y tales son también los precedentes con que ésta contaba en el momento de su aparición; debiendo resumir aquí, para terminar cuanto á sus orígenes se refiere, que las reminiscencias de los escritores clásicos, principalmente de los cómicos latinos, el ejemplo de la novela italiana, el de nuestros poetas y prosistas satíricos de los siglos XIV y XV, el de la *Celestina* y el libro de *Conçells*, y, más que todo, el espíritu de observación que por primera vez penetraba en el campo no explorado de las sociedades modernas, dieron por resultado la existencia en nuestra literatura, de un género tan original y propio, que aún cultivado con éxito por extranjeros como Scarron y Le Sage, nunca llegó á perder el carácter que indicaba su procedencia.

---

(1) Noranta cinch
ó cent anys tinch,
del cuals cinquanta
ó los seixanta
dels meus millors
penes, dolors
m' han espletat.... etc.»
Libre IV, parte II.

II.

Mas no hay obra literaria, entre las que inician un género, que muestre ya en sí misma todo aquello de que el género es susceptible, y sólo puede ser resultado de un desarrollo posterior. Conforme con este principio, *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, impresa en Amberes, en 1553, (1) no presenta sino un ligero esbozo del cuadro de mayor tamayo que más tarde debía ofrecer la *novela picaresca*. Todavía no ha puesto en claro la crítica la paternidad literaria del hijo de Tomé González y Antonia Pérez, pues si el común sentir lo viene atribuyendo al insigne autor de la *Guerra de Granada*, no faltan escritores que le señalen distinta procedencia. (2) Pero, ya pertenezcan á Hurtado de Mendoza, ya á Fr. Juan de Ortega, ó á Sebastián de Horozco, ó bien se adjudique á otro personaje no conocido, lo que sí puede asegurarse es que semejante juguete no fué escrito, como ordinariamente se supone, durante la juventud de su autor, sea quienquiera el que lo

---

(1) Don Eustaquio Fernández de Navarrete, en su *Bosquejo histórico sobre la novela española*, cree posible existiese una edición anterior. Los que no damos por seguro que Hurtado de Mendoza sea el verdadero autor del *Lazarillo*, y que, de serlo, no juzgamos lo escribiera en la época en que se supone, 1520 á 1523, (que sería cuando estudiaba en Salamanca) no hallamos inconveniente en admitir como primera la edición de 1553.

(2) «Dicen que siendo estudiante en Salamanca, (habla de Fr. Juan de Ortega) mancebo, como tenía un ingenio tan galán y fresco, hizo aquel librillo que anda por ahí, llamado Lazarillo de Tormes, mostrando en un sujeto tan humilde la propiedad de la lengua castellana, y el decoro de las personas que introduce con tan singular artificio y donaire, que merece ser leido de los que tienen buen gusto. El indicio desto fué, haberle hallado el borrador en la celda de su propia mano escrito.» Fr. José de Sigüenza, *Historia de la órden de San Jerónimo*.—Madrid 1605, parte III, pág. 184.

compuso. Hay en él un tan perfecto conocimiento del arte y una tan clara experiencia de la vida, que no se compadecen bien con la irreflexión propia de los juveniles años, y sólo pueden ser resultado de la edad madura. Revélanse ese conocimiento y esa experiencia, en que, no obstante el tratarse de una obrilla baladí, escrita acaso en un momento de desahogo, se dispone todo de manera que ni nada huelgue ni nada falte, se traza con la mayor seguridad el rasgo que constituye lo esencial del carácter ó de la situación, y se derrama por su contenido una sátira tan sutil y exquisita, que á veces llega á confundirse con la misma ingenuidad. Creyera ofender á mis oyentes exponiendo aquí el asunto de obra tan popular y conocida; mas no habré de pasar en silencio sus caracteres ni estilo. Es el protagonista de este libro, como dice el Sr. Aribau, (1) «un mozo de travesura, sin más letras que las necesarias para leer, escribir y ayudar á misa.» De aquí que, ni nos importune con su erudición, ni nos fatigue con sus advertencias. «Amaestrado por el ciego en las mañas de la mendicidad, acosado por el hambre, que es grande aguzadora del entendimiento, descubre un carácter que no deja de interesar: generoso en medio de su laceria, sufrido, maldiciente, gracioso y fecundo en trazas; pero no en aquellas que demuestran perversa intención y producen pesadas consecuencias.» Los demás caracteres se hallan pintados con la misma naturalidad: el del ciego socarrón y egoista, el del clérigo avaro y miserable, el del escudero, sin duda el más ingeniosa y hábilmente trazado, los del fraile, el bulero, el capellán y el alguacil, juntamente con los del arcipreste y la mujer de Lazarillo, cada uno á la distancia en que el autor los coloca, revelan el mismo procedimiento en la ejecucion y delatan la misma fuente. En cuanto al estilo, ninguno de los novelistas posteriores le aventajó en facilidad y sencillez. El uso constante de la frase directa, el abandono de palabras que no figuren en el vocabulario, y de todo giro que pueda parecer rebuscado y artificioso, constituyen sus principales caracteres. Lázaro habla siempre como conviene á su clase y á la educación que ha recibido. Su lenguaje es rápido, chispeante, conciso, respetuoso y lleno de gracia y claridad. Jamás interrumpe la narración, ni incurre en reflexiones y bachillerías, como hicieron otros *pícaros*, faltando de un modo evidente á las

---

(1) *Discurso preliminar sobre la primitiva novela española.—Biblioteca de Autores Españoles*, tomo III, pág. XXII.

leyes de la verosimilitud. Hé aquí por vía de ejemplo, cómo describe su entrevista con el escudero:

«Andando así discurriendo de puerta en puerta con harto poco remedio (porque ya la caridad se subió al cielo), topé con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden. Miróme, y yo á él, y díjome: ¿muchacho, buscas amo? Yo le dije: sí señor. Pues vente tras mí, me respondió, que Dios te ha hecho merced de topar conmigo: alguna buena oración rezaste hoy.» (1)

Ni es menos sobrio al darnos cuenta de la tacañería de su segundo amo:

«Los sábados (dice) cómense en esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una que costaba tres maravedís. Aquella la cocía, y comía los ojos y la lengua, y el corazón y sesos, y la carne que en las quixadas tenía: dábame todos los huesos roídos, y dábamelos con el plato, diciendo, — toma come, triunfa, que para tí es el mundo: mejor vida tienes que el Papa. Ta, te la dé Dios, decía yo entre mí.» — (2)

Publicado el *Lazarillo*, y recibido con extraordinario aplauso como lo acreditan las muchas ediciones que de él se hicieron y la popularidad que bien pronto alcanzó (3) quedaban fijados los caracteres de la *novela picaresca*, y abierto el camino para quienes, estimulados por la gloria, ó atraídos por el lucro, se decidieran á emprenderlo. A la obra original siguen siempre las imitaciones; pero como no todos los que imitan logran llevar algo de sí propios al acervo común del arte, de aquí que, para cada piedra de valor que en éste hallemos, tengamos que separar á montones las que carecen de interés y de importancia. Mas no juzgamos tan falta de uno y otra, ni es tan absurda como por algún crítico se ha supuesto, (4) aún cuando no merezca en rigor el nombre de *novela picaresca*, la continuación que, con el título de *Segunda parte del Lazarillo de Tormes*, apareció impresa en Amberes, juntamente con la primera, en 1555.

(1) Tratado III.

(2) Tratado II.

(3) «La sobrada viveza con que escribió la vida licenciosa de algunos eclesiásticos, y los engaños con que so capa de piedad se fomentaban las ideas superticiosas del pueblo, hizo que la Inquisición mandase espurgar su original, cuya circulación na podia impedir sin exponerse al público desaire y á la abierta desbediencia.» — Aribau: *Discurso sobre la primitiva novela*.

(4) Ticknor: *Historia de la literatura española*, tomo II, pág. 67.

(1) Oculto su autor bajo el misterio del anónimo, (2) propúsose continuar las aventuras de Lázaro, tomando la relación desde el punto en que éste la había interrumpido, cuando ya casado en Toledo, y á la sombra del Arcipreste de San Salvador, *vivía en la cumbre de toda buena fortuna*. (3) Pero « imitando, donde no hacía al caso,» según indica el señor Navarrete, (4) «las metamórfosis del *Asno de Oro*, de Apuleyo, creyó vencer á su modelo con la inverosímil y ridícula transformación de Lazarillo en atún, y el relato de sus aventuras submarinas, sin considerar que el asunto es demasiado natural y prosáico para que se preste á tan maravilloso desenlace.» Conforme con este plan, el autor hace que su héroe abandone la compañía de ciertos tudescos, y tome parte en la expedición que Carlos V dirigió contra Argel, en 1541. Echada á pique su galera, logra salvar su vida, gracias á que, como él mismo nos dice: « el temor de la muerte le trajo una gran sed; y considerando cómo se había de satisfacer con aquella salada mal sabrosa agua del mar, parecióme, añade, inhumanidad usar de poca caridad conmigo mismo, y determiné que en lo que mala agua había de ocupar, era bien engullirlo de vino excelentísimo que en la nao había, el cual aquella hora estaba tan sin dueño como yo sin alma, y con mucha priesa comencé á beber, sintiendo, al cabo, no quedar en mi triste cuerpo rincón ni cosa que de vino no fuese llena.» Desde este episodio, referido en el capítulo II, hasta el XV inclusive, la acción se desarrolla en el fondo del mar, quedando solamente tres capítulos, pues la obra consta de XVIII, para darnos cuenta de *cómo Lázaro yendo con las atunas á desovar, fué tomado en las redes y volvió á ser hombre*, del recibimiento que le hicieron en Toledo su esposa Elvira y el Arcipreste su señor, don Rodrigo de Yepes, y de la disputa que sostuvo ante el rector de la Universidad de Salamanca. Como se ve, la continuación anónima del *Lazarillo del Tormes*, es más bien un cuento fantástico que una *novela picaresca*, pues de ésta

(1) Por Martín Nucio.

(2) Don Nicolás Antonio, fundándose en el testimonio de Cardoso, la atribuyó á un Fr. Manuel, natural de Oporto; y más recientemente, el sabio Menéndez Pelayo cree haber descubierto su autor en el protestante burgalés Francisco de Encinas.

(3) Tratado VII.

(4) *Bosquejo histórico sobre la novela española*.

solo tiene la menor parte. Pero, considerada bajo aquel aspecto, dista mucho de ser *un conjunto de disparates á cual más absurdos*, según la califica el escritor antes citado. Su estilo, aunque no comparable al que le sirvió de modelo, revela sencillez, y no carece de cierta gracia; su acción, algo lenta al principio, marcha luego con rapidez y desembarazo; píntanse en ella sentimientos nobles, como el de la amistad entre el protagonista y Licio; y delicados y tiernos, como el amor de Luna; se describen episodios entretenidos, como el de la cueva y el del traidor don Paver, resultando de todo el junto un cuento agradable, cuya lectura nos produce un efecto muy semejante, aún cuando no tan intenso, al de la *Gatomaquia* ó la *Mosquea*, sin que encierre, en nuestra opinión, ningún sentido oculto, y sin que en su parte satírica y burlesca, aparte de lo que pueda referirse á la sociedad en general, se propusiera su autor hacer alusión á personas determinadas (1)

Tras estos ensayos en que se bosquejaba el carácter del primero y más popular de nuestros *pícaros*, tenemos que dar un salto de medio siglo y venir á parar á las postrimerías del XVI, para hallar otra muestra del *ingenio picaresco.* Verdad es que en tan larga gestación el género se trasforma y va adquiriendo tal desarrollo que, al aparecer de nuevo en 1499, nos sorprende por su vigor y lozanía. Hasta aquí la *novela picaresca* sólo había ofrecido un reducido cuadro de la vida vagabunda. Lázaro no es un bribón curtido en los grandes azares de la existencia; sus trabajos se limitan á luchar contra el hambre, su campo de acción se circunscribe á Salamanca y Toledo, sin que necesite poner en juego los mayores recursos que pudiera sugerirle su suspicacia. Ahora, por el contrario, el cuadro aumenta sus proporciones, la acción se complica dando mayor espacio al elemento dramático, se multiplican los episodios, se toma por teatro las principales ciudades de España y las más renombradas de Italia, el carácter del protagonista se muestra en toda su plenitud y se introduce un elemento docente, no empleado, ó, cuando menos, no tan perceptible en las novelas anteriores. Tales son los principales caracteres de la que, con

---

(1) «Ignorando nosotros, dice el Sr. Aribau, las satíricas alusiones que tal vez encierran las intrigas del capitán general, la amistad de Licio, el casamiento de Luna, y otros lances que de aquella atunesca corte se refieren, debemos confesar que no hemos podido tomar el sabor á este episodio, que ocupa la mayor parte de la fábula.» — *Discurso antes citado.*

el título de *Atalaya de la vida humana*, convertido más adelante por la voluntad de los editores, en *Vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, daba á luz en Madrid y en la fecha que dejo indicada, el sevillano Mateo Alemán, Contador de rentas de Felipe II, autor del *San Antonio de Padua* y de la *Ortografía castellana*, y hombre capaz de competir, según su panegirista el alférez Luís Valdés, con el mismo *Demóstenes y Cicerón*, *pues*, *puede*, añade, *tenerle la castellana lengua por príncipe de su elocuencia*, *por haberle escrito tan casta y diestramente y con tantas elegancias y frasis*. (1) Dotado de un rico y variado ingenio, como lo prueba el haber compuesto obras de tan diversa índole, *criado desde sus primeros años en el estudio de las letras humanas*, (2) uniendo, al llegar á su edad provecta, á su fecunda inventiva, un gran conocimiento del mundo, inspirándose en los modelos anteriores, y *tomando por blanco el bien público* y *por premio el común aprovechamiento*, (3) logró el autor de la *Vida de Guzmán de Alfarache* dejarnos en esta obra la que con justicia pasa por la mejor de nuestras *novelas picarescas*. Dividida en tres libros, (4) apenas comienza la narración, comprendemos que se trata de un bribón redomado, que ha pasado por todos los grados de la hampa y ha merecido cien veces el grillete. Su relato no respira aquella jovialidad llena de malicia, pero candorosa al cabo, con que nos entretiene Lazarillo; teniendo siempre por acompañamiento el *ronco son del remo y de la cadena*, envuelven sus donaires cierta melancolía, cierta resignación y sufrimiento propios de quien, al confesarnos sus pasadas culpas, lleva aún puestos los ojos en la punta del rebenque. De este modo abre su historia, refiriéndonos *quienes fueron sus padres* y los *amores de su madre*, episodio ingeniosísimo y lleno de gracia,

---

(1) *Prólogo* á la edición de Valencia de 1605.

(2) *Elogio de Alonso de Barros en alabanza de Mateo Alemán.*

(3) Id. id.

(4) « En el primero se trata la salida que hizo Guzmán de Alfarache de casa de su madre, y poca consideración de los mozos en las obras que intentan; y cómo teniendo claros ojos no quieren ver, precipitados en sus falsos gustos. En el segundo, la vida de pícaro que tuvo, y resabios malos que cobró con las malas compañías y ocioso tiempo que tuvo. En el tercero, las calamidades y pobreza en que vino, y desatinos que hizo por no quererse reducir ni dejarse gobernar de quien podía y deseaba hacerlo.» *Declaración del autor para el entendimiento del libro.*

aunque descrito con demasiada desenvoltura. (1) Huérfano de padre y mozo todavía, abandona por su voluntad la casa materna *un viernes por la tarde*, (2) y después de algunos contratiempos motivados por su inexperiencia, y de haber caído en poder de la justicia, (3) cierra el libro primero con la *historia de Osmín y Daraja*, (4) cuento ajeno á la acción que el autor pone en boca de un clérigo compañero de jornada del protagonista. Llega este á Madrid, ya convertido en *pícaro*, y entra al servicio de un cocinero; (5) más tarde al de un especiero á quien roba, teniendo que huír á Toledo por no verse descubierto, (6) hasta que tras otras aventuras no menos curiosas y entretenidas, se alista bajo las banderas de cierto capitán y se embarca para Italia. (7) Desde Génova, donde es mal recibido por sus parientes, (8) pasa á Roma y se hace mendigo; dando esto ocasión al autor para presentarnos el cuadro más acabado de la mendicidad; (9) cuadro tan real y verdadero, que todavía en nuestro tiempo, como lo acredita un hecho reciente (10) hallamos ejemplos que confirman la existencia de semejante industria y dan prueba de no haber caído en desuso aquellas famosas *Ordenanzas mendicativas*. Por último, asiste en calidad de paje á un cardenal, (11) figura luego en la servidumbre del embajador de Francia, (12) y con la *historia de Dorido y Clorinia*, referida por un caballero napolitano, se da fin á la obra, invitando al lector para una segunda parte, si es que no salió descontento de la primera.

---

(1) Lib. I, cap. I y sig.

(2) Id., cap. III.

(3) Id., cap. VII.

(4) Id., cap. VIII.

(5) Lib. II, cap. V y sig.

(6) Id., cap. VII y *sig.*

(7) Id., cap. IX y sig.

(8) Lib., III, cap. I.

(9) Id., cap. II y sigs.

(10) Véase el número del periódico *El Imparcial*, correspondiente al 23 de Abril del presente año, en su artículo intitulado *Pedro Arias, agente de mendicidad.*

(11) Libro III, cap. VI y sigs.

(12) Id., cap. X.

Tal es, en suma, lo que constituye la trama en la *Vida de Guzmán de Alfarache*, sin que nos sea posible detenernos en mil episodios que la avaloran. Pero hay en esta novela un elemento extraño á la fábula, casi ageno al arte que, siendo un defecto, se convierte en motivo de belleza, y que arranca del pensamiento mismo del autor en el momento de concebir su obrar: «Alguno, (afirma en el prólogo) querrá decir que llevando vueltas las espaldas y la vista contraria, encamino mi barquilla donde tengo el deseo de tomar puerto; pues doyte mi palabra, que se engaña, y sólo al bien común puse la proa, si de tal bien fuese digno que á ello sirviese.» A este propósito pone en boca de su héroe, á quien supone versado en letras latinas y griegas, una serie de arengas morales, de anécdotas, de cuentos y digresiones de todas especies, que si interrumpen la acción y á veces degeneran en vagas declamaciones, también á veces nos sorprenden con los rasgos de ingenio y con las elegancias de estilo. En cuanto á éste, confirma el dicho de Alonso de Barros cuando aseguraba que el autor de *Guzmán de Alfarache no se entremetía, al escribirlo, en ajena profesión.* (1) Menos ligero y jovial que el de *Lazarillo*, es más vigoroso y enérgico: está sembrado de frases y proverbios vulgares que le prestan suma viveza y colorido, y rara vez deja de ser la elocución fácil, correcta, abundante y armoniosa. Véase, en prueba de ello, este pasaje, donde se aboga por la vida mendicante:

« ¡A cuán derecha regla, recorrido nivel y medio compás, ha de ajustarse aquel desventurado pretendiente, que por el mundo ha de navegar, esperando fortuna de mano ajena! Si ha de ser buena, qué tarde llega; si mala qué presto ejecuta, por más que se ajuste, ha de pecar de falso y falto; si no es bien quisto, todo se le nota; si habla, aunque bien, le llaman hablador; si poco, que es corto; si de cosas altas y delicadas, temerario, que se mete en honduras que no entiende; si de no tales, abatido; si se humilla, es infame; si se levanta, soberbio; si acomete, desbaratado y loco; si se reporta, cobarde; si mira, embelesado; si se compone, hipócrita; si se rie, inconstante; si se mesura, saturnino; si afable, tenido en poco; si grave, aborrecido; si justo, cruel: si misericordioso, buey manso. De toda esta desventura tienen los pobres carta de guia, siendo señores de sí mismos, francos de pecho ni de rama, lejos de emuladores, gozan su vida sin albotacén que se la denuncie, sastre que se la corte, ni pero que se la muerda.» (2)

No puede decirse otro tanto de la *Segunda parte del Pícaro Guzmán de Alfarache*, que bajo el seudónimo de Ma-

(1) *Elogio* citado.

(2) Parte I, lib. III, cap. V.

teo Luján de Sayavedra, *natural y vecino de Sevilla*, daba á la estampa, en su ciudad natal, y en los primeros años del siglo XVII, el valenciano Juan Martí, excelente gramático, buen legista, y *autor de mucha erudición* y *florido ingenio*, según lo califica el mismo Mateo Alemán, sin que el ver segada la propia heredad por ajena mano, le lleve á torcer la rectitud de su juicio. Mas ya tomase Martí los materiales para su obra de las carpetas de Alemán, como éste indica en el prólogo á su *segunda parte* (1) ya fueran parto de su ingenio, ni su cualidad de gramático consigue acercar su estilo al del Contador de Felipe II, ni su inventiva logra soldar los caracteres de tal manera que no se conozca la juntura que separa al héroe del Turia del héroe del Guadalquivir. Tomando aquel la narración desde el punto en que éste la interrumpiera, nos refiere sus aventuras en Nápoles, (2) su regreso á Roma y su vuelta á España, (3) todo en lenguaje fácil y correcto, aunque no libre de provincialismos, é inferior en mucho al del escritor sevillano. Al llegar á esta parte, próximamente la mitad del segundo de los tres libros que componen la obra, el autor se pierde en largas é inútiles digresiones sobre la nobleza de los vizcainos (4) y la vanidad de los adivinos y astrólogos, (5) incurriendo, con resortes de tal laya, en el mismo defecto en que cayó su modelo, sin que en cambio nos presente ninguna de sus bellezas. No obstante, haciendo nuestras las palabras del autor del *Bosquejo histórico*, podemos afirmar: «que si se suprimen los tres enormes capítulos en que, cortando el hilo de la historia, escribe el impertinente alegato sobre la nobleza de los oriundos de Vizcaya, y se hace alguna que otra escarda, de que no deja de necesitar también Mateo Alemán, resultará de esta segunda parte un libro ingenioso y no del todo desagradable.»

Mas ni fué duradera la existencia de este seudo *pícaro*

---

(1) « Me aconteció lo que á los perezosos, hacer las cosas dos veces; pues por haber sido pródigo comunicando mis papeles y pensamientos, me los cogieron al vuelo; de que viéndome, si decirse puede, robado y defraudado, me fué necesario volver de nuevo al trabajo, buscando caudal con que pagar la deuda, desempeñando mi palabra.»

(2) Libro I, cap. V. y sig.

(3) Lib. II, cap. III.

(4) Lib. cap. VIII.

(5) Lib. III, cap. III y sig.

en la mente de los españoles, ni pudo el novelista gozar por mucho tiempo las ventajas de la suplantación. Ya en 1605 sacaba á luz Mateo Alemán la *Segunda parte* genuina *de la vida de Guzmán de Alfarache*, quedando aquella desde entonces relegada al olvido, hasta el punto de ser hoy rarísimos los ejemplares de sus antiguas ediciones. (1) Lo primero que sorprende, al considerar la extensión que dió Alemán á su obra, es cómo las aventuras de un *pícaro*, sin otro aliciente que sus truhanerías, pueden dar materia suficiente para un libro, que, sumando sus dos partes, resulta el más largo entre todos los de su especie. (2) Y, sin embargo, ninguno más interesante ni ameno, ni que sea tan curioso y entretenido. Enlazando habilmente esta parte de la fábula con la anterior, y en estilo siempre lleno de vistosos recamos, presenta el autor á su héroe sirviendo al embajador francés, (3) le conduce después á Siena, (4) le hace recorrer en compañía de Sayavedra las principales ciudades de Italia; (5) una vez vuelto á España, le casa en Madrid, (6) le pone á estudiar teología en Alcalá de Henares, donde, ya viudo, le obliga á dejar los manteos para contraer nuevo matrimonio, hasta que, rematado á galeras, por sus delitos cometidos en Sevilla, (7) le lleva á expiar sus culpas, haciendo que él mismo nos refiera los episodios que forman el tejido de tan singular historia. (8) Sin duda que la vida de Mateo Alemán, desconocida casi en absoluto para sus biógrafos, debió hallarse sembrada de azares y sufrimientos; pues no es posible describir de aquella manera, sin haber sido actor, ó testigo al menos, de cuantos hechos

---

(1) « Este libro, á pesar de las muchas impresiones que de él se hicieron, es sumamente raro, de modo que ni aun llegó á noticia de don Nicolás Antonio. Se reimprimió en Zaragoza y en Castilla; pero yo no he visto más que la de Barcelona. » Fúster, *Biblioteca valenciana*, t. I, pág. 198.

(2) Excede la segunda á la primera en más de una quinta parte.

(3) Lib. I, cap. II y sigs.

(4) Id., cap. VIII.

(5) Lib. II, cap. I y sigs.

(6) Lib. III, cap. II y sigs.

(7) Id., cap. VI y sigs.

(8) También en esta parte se intercalan algunos cuentos. El que figura en el capítulo IV del libro I, aunque no de propia cosecha, está escrito con mucha intención y singular donaire.

se refieren, ni hay poder en la fantasía que adivine de tal modo la realidad. Con qué exactitud se dan á conocer las astucias de los venteros, la codicia de los jugadores, la venalidad de los jueces y los horrores y miserias de la vida carcelaria! Pintura, esta última, de cuya autenticidad responden otros escritores contemporáneos, (1) y donde, para que nada echemos de menos, ni siquiera falta una muestra de la correspondencia usada entre gentes de tal jaez. (2) ¡Cuánta verdad se respira en aquel periodo de la vida del héroe, en que, casado Guzmán y mercader en Madrid, se prestan él y su suegro mutuo auxilio, trata de obligar con dádivas á su despilfarrada esposa, y sólo piensa en aumentar su hacienda con el producto de la usura y la mohatra! (3) Qué satira tan amarga, y cómo penetra hasta el corazón mismo de la sociedad, cual si fuera cuchillo de dos filos, el capítulo en que el protagonista, acompañado de su segunda mujer, sale de Alcalá para hallar en la corte más ancho campo donde explotar su deshonra! (4) Y qué hermosa, por último, la descripción de la vida de galera, (5) al través de cuyas líneas se percibe la voz del cómitre, el son acompasado del remo, y aquel más triste que parte de la flagelada espalda del galeote! Sí, existe oculto en el *Guzmán de Alfarache*, detrás de sus agudezas, de sus galas de estilo, de sus cuentos, de sus chistes, de sus donaires, de su sátira, en fin, festiva, ligera y provocante á risa, una más grave y conmovedora, que, propia sólo de los grandes ingenios, penetra siempre en lo más hondo y pone ante los ojos de la sociedad el cuadro de sus necesidades y lacerias. (6)

El mismo año en que apareció este libro, año glorioso para nuestras letras, pues también en él se imprimía la primera parte del *Quijote*, dábase á conocer otra novela del *género picaresco*, compuesta, se dice, por el licenciado Francisco López de Ubeda, natural de Toledo, nombre bajo el

---

(1) El Licenciado Cristóbal de Chaves, *Relación de la cárcel de Sevilla.*

(2) Veáse la obra del Sr. Salillas, *La vida penal en España*. Madrid, 1888.

(3) Lib. III, cap. II y sigs.

(4) Id., cap. V.

(5) Id., cap. VIII y sig.

(6) Todavia, si hemos de dar crédito á las palabras del autor, añadió Alemán una *tercera parte* á su obra; pero ésta, que sepamos, nunca llegó á ver la luz publica.

cual se ocultó, según el unánime parecer de la crítica, el dominico Fr. Andrés Pérez de León, autor de la *Vida de San Raimundo de Peñaforte*, de los *Sermones de Cuaresma* y de otros trabajos de carácter ascético. Basta fijar la atención en el título de esta obra, (1) para comprender la novedad que *La Pícara Justina* venía á introducir en el género. Los novelistas anteriores sólo habían juzgado verosímiles dentro del tipo varonil los episodios á que se prestaba el ejercicio de la picardía; pero el escritor leonés, olvidando que lo que en el hombre suele hallar fácil disculpa, hace demasiado repugnante el carácter femenino, inaugura, por decirlo así, la era de las *pícaras*, si bien como manifiesta en el prólogo, nc pretende *contar amores al tono del libro de Celestina*, y, huyendo de cuanto *pertenece á la materia de deshonestidad*, únicamente trata de los *hurtos ardidosos* que lleva á cabo su protagonista. Nace de aquí la mayor de las inverosimilitudes, pues en vano intenta el autor hacer compatibles en el carácter de su heroina, esos *hurtos ardidosos* y cuantas malas artes pone en juego en las romerías de Arenillas y León, con los puntos de Lucrecia con que después lo sazona, ahora haciendo que la hija de Mansilla de las Mulas, una vez secuestrada por la *Vigornia*, salga ilesa del poder de los estudiantes, (2) ahora salvándola de los intentos que acometen al barbero Bertol Araujo, en el meson donde entrambos pernoctaron. (3) Calcada esta novela en la de Mateo Alemán, (4) aunque también revela lecturas del *Patrañuelo*, el *Lazarillo*, la *Tragi-comedia* de Rojas y la *Eufrosina*, presenta una fábula tan pobre y desmañada y tan falta de interés, que, por más que el autor nos asegure hallarse tomada del natural, descubre á la simple vista los caracteres todos de una fría y vulgar imitación. Pero toda-

---

(1) *Libro de entretenimiento de la Picara Justina, en el cual, debajo de graciosos discursos, se encierran provechosos avisos. Al fin de cada número verás un discurso que te muestra cómo te has de aprovechar de esta lectura para huir los engaños que hoy dia se usan. Es juntamente arte poética, que contiene cincuenta y una diferencias de versos, hasta hoy nunca recopilados, cuyos nombres y números están á la página siguiente.* —Dirigida á don Rodrigo Calderón Sandelu. — Medina del Campo, 1605, por Cristóbal Lasso Vaca.

(2) Parte I, lib. II, cap. II.

(3) Parte III, lib. II, cap. III.

(4) « Me he determinado á sacar á luz este juguete, que hice, siendo estudiante en Alcalá, á ratos perdidos, *auque algo aumentado después que salió á luz el libro del Picaro tan recibido*. » Prólogo al lector.

vía se incurre en ella en más grave defecto: pues aspirando el novelista á que el libro *pareciera bien á los cuerdos* y *prudentes*, como indica en el prólogo antes citado, «dí en un medio, (dice) y fué que después de hacer un largo alarde de las ordinarias vanidades en que una mujer libre se suele distraer desde sus principios, añadí, como por vía de presunción ó moralidad, al tono de las fábulas de Esopo y geroglíficos de Agaton, consejos y advertencias útiles, sacadas y hechas á propósito de lo que se dice y trata.» Unase á esto un estilo enrevesado y conceptuoso, tan justamente calificado por Mayans de primer ejemplo de corrupción de la buena prosa castellana, y se verá cuán poco acertado anduvo el buen dominico al abandonar los oficios propios de su ministerio para entender en asuntos de novelas.

Libre de estos defectos mostrábase el fecundo escritor Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, en su *Ingeniosa Elena, hija de Celestina* (1) la primera y más popular de sus obras *picarescas*, y con la que inauguraba aquella larga serie de trabajos que sucesivamente fué dando á la estampa desde 1612 hasta 1635. Dotado de un ingenio más abundante que profundo, logra salvarse de los resabios de mal gusto, que ya por entonces invadían á los talentos mediocres, ofreciéndonos en esta novela una fábula entretenida, no escasa de interés, llena de sabor de época en alguno de sus episodios y escrita en estilo fácil y correcto. Mas no era el solo autor que llevado del gusto dominante dejaba correr la pluma por semejantes asuntos, siendo muchas las composiciones que aparecen durante este periodo, aunque no todas puedan calificarse de *novelas picarescas*, ya por no estar escritas en forma autobiográfica, ó ya por presentar otros caracteres que las separan del grupo. A esta clase pertenece el *Viaje entretenido*, (2) de Agustín de Rojas, autobiografía en que el autor toma el tono de los verdaderos *pícaros*, y también *El Pasajero*, (3) de Cristóbal Suárez de Figueroa, donde, al recordar cierto ventero los tiempos en que anduvo á la briba siendo soldado en el Piamonte, se traza una novela digna de figurar entre las mejores del género. Observando

---

(1) Lérida, 1612.

(2) Madrid, 1602, Baena y don Nicolás Antonio hablan de una edición de 1583; pero el conde de Schack, en su *Historia del arte dramático en España*, (t. I, pág. 398) demuestra cumplidamente haber sido aquella la primera.

(3) Madrid, por Luis Sánchez, 1617.

los caracteres de éste y alentado por el aplauso con que fué recibida su *Ingeniosa Elena*, reincidía más adelante el mismo Barbadillo, dando á luz *El sutil cordobés Pedro de Urdemalas*, (1) y *El caballero puntual*, (2) esta última de corte menos *picaresco;* debiendo mencionarse aquí, aún cuando no revista forma autobiográfica, aquel cuadro de tan vivos colores en que el más grande de nuestros ingenios nos dió á conocer la picaña de Rincón y Cortado, los amores de la Cariharta y Repolido, las guapezas de Chiquiznaque y Maniferro y las ocultas artes del astuto Monipodio. (3)

Consnltaba por este tiempo un escritor, ya eptagenario, sobre el mérito de la labor á que había consagrado los últimos años de su vida, y aunque eran favorables los pareceres de Luís Tribaldos, Fr. Hortensio Paravesin, el padre Luís de la Cerda, Domíngo Ortiz, Lópe de Vega y Pedro Mantuano, sólo el temor de verse despojado en absoluto de lo que ya lo había sido en parte, (4) le movía, venciendo su natural desconfianza, á dar á luz, en 1618, (5) su *Vida del escudero Marcos de Obregón*. Sin ser ésta la propia de su autor Vicente Espinel, como algunos han supuesto, está tan llena de verdad, se halla en ella tan bien fundido lo que es real con lo que es imaginado, se destaca tanto la personalidad del novelista y de tal modo se confunde con la de su héroe, que, aún cuando no verdadera, hallamos justificada aquella creencia, con la cual, sin pretenderlo, se viene á hacer el elogio de la obra del escritor arondense. Siguiendo muy de cerca los pasos de Mateo Alemán y advirtiéndonos que *quien se contenta con sola la corteza no saca fruto del tra-*

---

(1) Madrid, 1620.

(2) Madrid, 1614 y 1619.

(3) *Novelas ejemplares*, Madrid, por Juan de Cuesta, 1613.

(4) « En tanto que no tuve determinación (así por la persecución de la gota como por la desconfianza mia) para sacar al teatro público mi *Escudero*, un caballero amigo me pidió unos cuadernillos del, y llegando á la noticia de cierto gentilhombre á quién yo no conozco, aquella novela de la Tumba de San Ginés, pareciéndole que no había de salir á luz, la contó por suya, diciendo y afirmando que á él le había sucedido; que hay algunos espíritus tan fuera de la estimación suya, que se arrojan á entretener á quien los oye con lo que se ha de averiguar no ser suyo. » VICENTE ESPINEL, *Prólogo á la Vida del escudero Marcos de Obregón.*

(5) Según don Nicolás Antonio aparecieron dos ediciones en este mismo año : una en Madrid, por Juan de la Cuesta, y otra en Barcelona, por Pedro Margarit. Espinel dedicó su obra á su protector el arzobispo de Toledo, don Bernardo Sandoval y Rojas.

bajo del autor, (1) presenta éste á su Escudero *en los postreros tercios de la vida*, y al servicio del doctor Sagredo, personaje que nada tiene de común, á no ser la semejanza del nombre, con el que más adelante inmortalizó Le Sage. Sirve luego á un hidalgo, cuya casa abandona por no hallar en ella el trato que desea, y visitando cierto día el *humilladero del Angel de la Guarda, á la otra parte de la puente de Segovia*, (2) le sorprende una tempestad, y tiene que aceptar el albergue con que le brinda el ermitaño á quien, en otro tiempo, conoció en Sevilla y trató en Flandes y en Italia. Allí *al amor de la lumbre y al son monótono de las canales*, Marcos da comienzo á su relación, refiriendo al ermitaño los episodios de su vida, desde que salió de Ronda para ir á estudiar á Salamanca, (3) hasta que, libre de su cautiverio en Argel (4) y después de haber militado en Italia, vuelve á España y se acomoda de escudero. (5) Muy lejos de ser esta historia, como con harta ligereza asegura Sismondi, *el cuadro de la vida elegante de la buena sociedad*, (6) no ofrece, sin embargo, aquel conjunto de actos punibles de que está llena la de Guzmán de Alfarache; pues si también Obregón habla por experiencia propia de las cárceles de Madrid (7) y el *Ginovesado* (8), más vino á dar en ellas por el camino de su mala fortuna que por el de la perversión de su instinto. No obstante, el carácter del escudero despierta menos simpatías y es menos interesante que el del *pícaro* sevillano. Más atrevido éste, más revoltoso y ostensiblemente criminal, revela en el fondo mismo de sus picardías cierta nota de amargura y desinterés, con la que, abriéndonos de par en par las puertas de su alma, obtiene fácilmente nuestro perdón ante la sinceridad de su arrepentimiento.

(1) Prólogo á la *Vida del Escudero*.

(2) Relación I, descanso VIII.

(3) Id., descanso VIV.

(4) Relación II, descanso XIV.

(5) Relación III, descanso XIII.

(6) « Un roman dans le goût moderne, de Vincent Espinel, intitulé Vie de l' écuyer Marcos d' Obrégon, offrit le premier à l' Espagne des tableaux de la vie élégante dans la bonne société. » — *De la littèrature du midi de l' Europe*, t. IV, chap. XXXII.

(7) Relación III, descanso XII.

(8) Id., descanso I.

Más astuto, reservado y egoista el del Escudero, aleja siempre de sí todo pensamiento, antes que por su maldad, por el temor á las consecuencias, aprovechando la propia reflexión y larga experiencia que le dan sus años, en cuanto puede serle útil así para el alma como para el cuerpo. De aquí que no haya dato con que no cuente, ni detalle, por insignificante que sea, en que Obregón no repare; resultando su relación, á fuerza de tantos pormenores, en extremo pesada y fatigosa. Más rápida la acción de esta obra que la del Guzmán, camina derechamente á su fin y desarrolla una fábula más regular y mejor urdida; pero distan mucho sus episodios del interés que promueven los de aquella novela, sin que, menos profunda la observación de Espinel, logre pasar de la superficie y penetrar en lo más hondo de la vida. Tampoco puede el estilo mantener la competencia con su modelo; pues lleno de amplificaciones que denotan la mucha edad en que el autor escribia, carece de aquella concisión, movimiento, gracia y facilidad, que tan bien sientan en la pluma del escritor hispalense; por más que, natural, correcto y sostenido, y tal como conviene al carácter del viejo escudero, nunca degenera en hinchado y declamatorio, ni incurre en los defectos del mal gusto tan frecuentes en el periodo que examinamos. Sirva de muestra este pasaje donde Marcos da consejos á doña Margelina de Aybar:

« El arrepentirse y volver sobre si es de ánimos valerosos; el escarmiento nos hace recatados, como la determinación arrojadizos. Cuando la voluntad nos arroja con atrevimiento, el mal suceso lo remedia con temor: mejor es arrepentirse temprano que llorar tarde. Un mal principio atajado mejora el medio y asegura el fin: más vale, considerando este mal suceso, detenerse, que perseverando esperar que se mejore. ¡ Dichoso aquel á quien viene el escarmiento antes que el daño! Los males intentos al principio errados engendran recato para los venideros: quien no yerra no tiene de qué enmendarse, más quien yerra tiene en qué mejorarse; que Dios juzgó por mejor que hubiese males porque les siguiesen los arrepentimientos, que tener el mundo sin ellos; que más grandeza suya es sacar de los males bienes, que conservar el mundo sin males. ¡ Ojalá cuantos males se cometen tuviesen tan ruines principios como este, que los males serian menores por el escarmiento! » etc. (1)

Lejanos ya á nosotros aquellos tiempos en que un exagerado patriotismo buscaba los fundamentos en que apoyarse para *desplumar al francés corneja y restituír al español Gil Blas en su pelo ó su pluma original* (2) sólo debemos ha-

---

(1) Relación I, descanso IV.

(2) Observación preliminar á las *Aventuras de Gil Blas de Santillana*. Joaquín Federico Issalps. Madrid, 1852.

cer constar en este punto: que de todos los libros españoles puestos á contribución por Le Sage para la *construcción* de *la más completa* (1) de las *novelas picarescas*, figura en primer término la *Vida del escudero Marcos*. Suyos son, entre los episodios de aquella obra, el del barberillo Diego de la Fuente, el de la posada de Peñaflor, el del arriero en Cacabelos, el de la isla Cabrera, el de Camila, y algunos otros; pero, como observa Puibusque: *heureusement, tout Gil Blas n' est pas la*. Hay en él algo original y propio, que sólo en buena crítica puede ser adjudicado á su autor. Le Sage, añade el escritor citado, (2) «a donc fait comme l' architecte, qui prend des matériaux partout où il en trouve, et qui ne tire son plan et ses dessins que de sa tête.»

Dos años después de publicado el libro de Espinel, y al tiempo que se imprimía en España una colección de seis novelas, (3) compuesta por Juan Cortés de Tolosa, tres de las cuales pertenecen al *género picaresco;* dábase á luz en la capital de Francia la *Segunda parte de Lazarillo de Tormes* (4) escrita por H. de Luna, *intérprete de lengua española* en París, y destinada, sin duda, á la enseñanza de sus discípulos, á juzgar por el texto francés que la acampañaba. Autor Juan Cortés de menguados alcances, dejábanos en su *Lazarillo del Manzanares* una infeliz imitación del juguete atribuído á Mendoza, inferior en mucho á la *segunda parte* de Luna, y aún á la del anónimo de Amberes, y en sus *Aventuras del licenciado Periquín*, é *Historia de un hombre miserable llamado Gonzalo*, que son las tres arriba indicadas, una prueba más del gusto dominante y del extraordinario desarrollo que iba alcanzando el género. Olvidada durante mucho tiempo la obra de H. de Luna, tal vez por haber osado su autor poner mano en la primera parte de la *Vida de Lazarillo*, pretextando *que su dicción era tosca y llana*, *y su frase más francesa que española* (¡), al ser nuevamente estudiada, halló en ella la crítica una novela interesante, lleva de episodios entretenidos, expuesta en estilo pintoresco, si

(1) Digo *la más completa* y no *la mejor*, porque prefiero en mucho, apesar de sus defectos, la lectura de *Guzmán Alfarache* á la de *Gil Blas de Santillana*.

(2) *Histoire comparée des littératures espagnole et française*. Tome II, chap. VII.

(3) Madrid, en casa de Alonso Martín, 1620.

(4) París, 1620.

no tan vivo como el de Mendoza, y que puede darnos idea, según el Sr. Aribau, de cómo hubieran escrito algunos españoles á no haber respirado en una atmósfera tan comprimida. Aunque Luna enlaza su fábula con la del primitivo *Lazarillo*, y nos dice haberla tomado *al pie de la letra de unos cartapacios existentes en el archivo de la jacarandina de Toledo*, (1) bien se echa de ver que no le eran desconocidas las aventuras de Guzmán y el escudero Marcos, pues ofrece su héroe muchos más puntos de semejanza con éstos *pícaros* que con el humilde servidor del clérigo y el mendigo. Aparte de la excesiva libertad con que están descritos algunos episodios, como aquel en que se pintan la malhadadas bodas de Lázaro, (2) hay otros, como el de la vieja del cofre (3), que también lo aprovechó Le Sage, el de las siete damas á quienes el protagonista sirve de escudero (4), el de la venta, (5) el del convite (6) etc. que revelan suma agudeza en el uso de la sátira, hábil soltura en el manejo de la lengua, y no escasas dotes de verdadero artista. Hé aquí con qué facilidad se traza la figura del escudero, á quien Lázaro vuelve á encontrar en Murcia:

« Fué, pues, el caso, que llegando à la posada vi un semihombre, que más parecia cabrón según las vendijas é hilachas de sus vestidos: tenia un sombrero encasquetado, de manera que no se le podia ver la cara; la mano puesta en la mejilla, y la pierna sobre la espada que en una media vaina de cimojes traia; el sombrero à lo picaresco, sin coronilla, para evaporar el humo de la cabeza; la ropilla era à la francesa, tan acuchillada de rota, que no habia en donde poder atar una blanca de cominos; la camisa era de carne, la cual se veia por la celosia de sus vestidos; las calzas al equivalente; las medias, una colorada y la otra verde, que no le pasaban de los tobillos; los zapatos eran à lo descalzo, tan traidos como llevados; en una pluma que cosida en el sombrero llevaba, sospeché ser soldado. » (7)

Extendido cada vez más el gusto *picaresco*, de tal modo se desarrolló en los españoles la afición á esta clase de lecturas, que bastaba á cualquier ingenio, por mediano que

---

(1) Prólogo á la *Segunda parte de Lazarillo*.

(2) Cap. XVI.

(3) Cap. X.

(4) Cap. XIII.

(5) Cap. XII.

(6) Cap. XIV.

(7) Cap. I.

fuese, borrajear la figura del personaje vagabundo, para ver agotadas en corto plazo las repetidas ediciones de su libro. Sólo así podemos explicarnos las que se hicieron, y el aplauso con que fueron recibidas, del que lleva por título *Vida y aventuras de Alonso, mozo de muchos amos*, convertido más tarde en el de *El Donado hablador*, y debido á la pluma del médico segoviano Jerónimo de Alcalá Yáñez de Rivera. La sencilla trama del *Lazarillo* y el ejemplo de Espinel, al dar por interlocutor á su Escudero, el ermitaño del *Angel de la Guarda*, bastaron á Yañez para formar el plan de su obra, cuya primera parte apareció en 1624 (1) y dos años después la segunda. (2) Figura Alonso, en aquella, como donado de cierto convento, quien saliendo á pasear todas las tardes en compañía del Vicario, le va contando los episodios de su vida; viéndose, al cabo, lanzado de la comunidad por su carácter hablador y entremetido. Aparece, en ésta, hecho ya ermitaño, y refiriendo al cura de San Zoles cuantas aventuras le ocurrieron desde su salida del convento, hasta que, por culpa de sus pecados, vino á parar en aquella ermita, dándonos cuenta, en ambas partes, de su vida de estudiante en Salamanca (3) de cómo sirvió á un capitán (4) y á un sacristán, (5) á un matrimonio de Toledo (6), á un juez en Córdoba, (7) á un médico en Sevilla, (8) á una viuda en Valencia (9), á un pintor en Toro (10) y á un caballero en Lisboa; (11) sin que olvide el periodo en que, mercader en Méjico, llegó á la cumbre de su fortuna, (12) el en que cayó cautivo

---

(1) Madrid, 1624.

(2) Valladolid, 1626.

(3) Parte I, cap. I.

(4) Id., id. II.

(5) Id., id. III.

(6) Id., id. IV.

(7) Id., id. V.

(8) Id., id. VI.

(9) Id., id. VII.

(10) Parte II, cap. IX.

(11) Id., id. VII y sigs.

(12) Parte I, cap. VIII.

en Argel, (1) aquel en que se hizo cómico, y aquel, por último, donde, siguiendo el autor las huellas de Cervantes, nos dió á conocer las costumbres de los gitanos. (2) Más elogiada esta novela de lo que en nuestra opinión merece, censúrase, sin embargo, su forma dialogada, con la cual *la acción se suspende á menudo y la doctrina que debiera suministrarse insensiblemente, se convierte en una discusión calculada y fría en que solamente se reconoce el teólogo y el hablista.* (3) Pero en forma dialogada se escribió la *Celestina*, y se han escrito otras muchas obras, y no por eso dejan de ser novelas excelentes, sin que en ellas se incurra en semejantes defectos. Poseyera Yáñez los secretos del verdadero arte, dotara á su protagonista de carácter más vivo y animado, y en lugar de las cansadas y pedestres interrupciones del Vicario y el cura de San Zoles, pusiera en boca de estos personajes más finos y discretos razonamientos, y es bien seguro que la forma dialogada en nada menoscabaría el interés de su novela. Mas tomando el médico segoviano, al describir las aventuras de su héroe, el mismo tono que si tratara de *hacer la historia* de uno de sus enfermos, no viene á dejar en su libro otro rastro de su personalidad que aquella multitud de frases y sentencias latinas, que nos recuerdan al discípulo de San Juan de la Cruz, ó aquel capítulo (4) en que, sin barruntos de arte, pero con la experiencia de veinte y seis años de práctica en el ejercicio de la medicina (5), pinta con gran espontaneidad los desengaños y sufrimientos propios de los que se consagran á tan penosa profesión. En suma: considerado *El Donado hablador* como obra de ingenio, su mérito es bien escaso; mas todavía resulta aprovechable su lectura, ya por hallarse libre su prosa de los resabios del mal gusto, ya por ofrecernos datos y noticias curiosas acerca de las costumbres de su siglo.

---

(1) Parte II, cap. XIII.

(2) Parte II, cap. II y sigs.

(3) *Biblioteca de Autores Españoles*, t. XVIII. *Noticia crítica bibliográfica*, por don Cayetano Rosell.

(4) Parte I, cap. VI.

(5) «Y aunque confía tener más favorable fortuna, este será el postrero, con propósito firmísimo de que no ha de escribir más libros si no fueren tocantes á la facultad que profesa, pues ya de veinte y seis años de experiencia con algún linaje de atrevimiento, podrá alguno salir á luz.» *Prólogo del autor.*

No era fácil que un ingenio del temple de Quevedo pudiera resistir á la tentación de probar fortuna en esta clase de composiciones, y en 1626 aparecía impresa en Zaragoza (1) su *Historia de la vida del Buscón, llamando don Pablos; ejemplo de bagamundos y espejo de tacaños;* título que por largo y redundante fué convertido en el más breve de *Historia y Vida del gran Tacaño*, el cual figuró ya al frente de la edición de 1648 (2) y prevaleció en lo sucesivo. Dada la poderosa fantasía de Quevedo, su dominio absoluto sobre la lengua y su perfecto conocimiento de la vida de *pícaros* y rufianes, como lo acreditan sus romances y jácaras, y tantos otros de sus escritos, échase de menos en el *Buscón* esa originalidad con que el genio sella sus obras, y que sólo puede exigirse tratándose de uno de las cualidades que adornaban al del señor de Juan Abad. Pero sabido es que este escritor daba poca importancia á sus trabajos festivcs; trazábalos á la ligera, por mero pasatiempo, y como para distraer el ánimo de otras empresas literarias de más alto vuelo, á las cuales consagraba toda sn erudición, fuerza de inventiva y portentosa actividad. De aquí que la *Vida del gran Tacaño*, escrita á imitación del *Lazarillo*, é inferior en su idea y riqueza de pormenores á la de *Guzmán de Alfarache*, no añada elemento alguno que ya no fuera conocido en el género que examinamos. (3) Mas, dentro de sus condiciones, y sin buscar en este libro lo que el autor no se propuso, resulta, sino el mejor, el más regular y proporcionado entre todos los de su especie. Con singular maestría se hallan pintados los caracteres del protagonista, el *diestro*, (4) el Mellado, Alonso Ramplón, el sacristán de Majalahonda, el hidalgo Toribio, y, mejor que todos, el tan popular é imperecedero del licen-

---

(1) Por Pedro Vérges, y á costa de Roberto Duport, quien había comprado el manuscrito á su autor, y obtenido privilegio por diez años para imprimirlo.

(2) *Enseñanza entretenida*: colección de sus obras en prosa, por Pedro Coello. Madrid, 1648.

(3) « En adoptant, pour peindre les mœurs contemporaines, la forme du roman picaresque, Quevedo, loin de rien inventer, ne faisait que suivre une traditión déjà ancienne. » Y más adelante: « le mérite du roman n' est ni dans l' originalité de l' inventión ni dans la nouveauté de l' intrigue. Quevedo adopte le cadre qui avait servi à ses prédécesseurs. » E. Mérimée. *Essai sur le vie et les œuvres de Francisco de Quevedo*. — Paris, 1886. Part II, chap. I.

(4) Está inspirado en el personaje real don Luis Pacheco de Narvaez, autor del libro *Grandezas de la espada.*

ciado Cabra. (1) Igual verdad respiran los episodios desde que Pablos recibe su primera educación en las escuelas de Segovia, hasta que, abandonando en Sevilla la compañía de los guapos, se embarca para Indias, sin que nada en la composición aparezca fuera de lugar, pesado ó descolorido. Censúranse, no obstante, *algunas palabras y escenas que repugnan, como la patente y burlas que por nuevo hicieron á Pablos los estudiantes de Alcalá;* (2) pero semejante recibimiento no fué invención del autor: el verlo ya descrito en *El Donado hablador* (3) aunque no con tan vivos colores, nos demuestra que tal era la costumbre, no muy limpia por cierto, entre los escolares de aquel siglo. Llena de frases felices, de espontáneas descripciones y episodios inspirados siempre en la realidad, se desarrolla la acción sin advertencias que la debiliten, ni digresiones que la interrumpan, bastando su contenido y último rasgo, (4) para que el lector deduzca facilmente la enseñanza á que el autor la encamina. « Quevedo, dice el Sr. Guerra y Orbe, (5) comunica á la fábula toda la frescura y lozanía de sus juveniles años; y es por ello de sus escritos el más libre de afectación, el más rico en gracias vivas y naturales, el más claro, llano y corriente, y donde se acercó á la amenidad, sencillez deleitosa y blando estilo del *Quijote*.»

Vienen en pos de Quevedo, D. Diego de Tobar y Val-

---

(1) Tampoco es éste un personaje fantástico: llamábase don Antonio Cabreriza, como puede verse en la carta que en 1639 dirigía á Quevedo su amigo Adán de la Parra. « Tous les personnages réels nommés dans le roman, poètes, comédiens, spadassins, étaient ou morts ou déjà connus dans la première décade du dix-septième siècle. » Mérimée, *Ensayo citado*.

(2) *Biblioteca de Autores Españoles*, t. XXIII, pág. XXI.

(3) « Conociéronme luego por novato; pusiéronme cerco gran cantidad de aquellos estudiantes, comenzando á descargar en mi más saliva que suelen arrojar granizo las más preñadas nubes por mes de marzo; y teniéndome en medio como á blanco de sus travesuras, me preguntaban cómo quedaba mi señora madre y los señores hermanos, si lloré al partirme dellos, y si habia traido algunas pasas ó confites para desayunarme. Hiciéronme que subiese en la cátedra, no dejándome bajar hasta que les leyese alguna cosa, y al cabo me dieron por libre, de tal modo, que mi negro ferreruelo salió más blanco que la nieve.» Parte I, cap. I.

(4) « Yo que vi que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme (no de escarmentado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador) determiné, consultándolo primero con la Grajales, de pasarme á Indias con ella, á ver si mudando mundo y tierra mejoraria mi suerte; y fuéme peor, pues *nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres*.» *Historia del gran tacaño*, cap. XXIII.

(5) Discurso citado.

derrama, quien en su *Don Raimundo el entremetido*, (*tableau de la jovrné, de la vie et des fourberies d' un embustero*, como indica E. Mérimée (1) presenta una imitación no muy feliz de la *Historia del Buscón;* y el más conocido Alonso del Castillo Solórzano, autor de *La Niña de los embustes* (2) cuya heroina Teresa deja atrás en su arte al mismo Don Raimundo: *El Bachiller Trapaza*, especie de bohemio ilustrado que al cabo es condenado á galeras; y su continuación *La Garduña de Sevilla y Anzuelo de las bolsas* (3) obra la más popular entre todas las de aquel escritor. Pero ya en estas composiciones va perdiendo el género su primitivo carácter; pues, ó no se hace uso de la forma autobiográfica, ó se altera la figura del héroe, ó se ingieren otros elementos que las acercan á la *novela miscelánea*. Tal sucede en la última de las mencionadas, en que vemos interrumpirse la acción para dar lugar á la fábula de *Quien todo lo quiere todo lo pierde*, referida por un pasajero; la del *Conde de las Legumbres*, contada por un bandido; y la de *A lo que obliga el honor*, puesta en boca de Jaime, personaje secundario de la novela. El carácter de Rufina, protagonista en la obra de Solórzano, es muy semejante al de Elena de Barbadillo: digna hija del Bachiller Trapazo, acomete cuantas empresas surgen de su perversa inclinación y sagaz ingenio, sin que, más afortunada que aquella, llegue á sufrir el castigo que por sus culpas merece. Debida á la imitación y al esfuerzo de la fantasía, más que á la atenta observación de la realidad, no deja la *Garduña* de despertar cierto interés, sobre todo en sus primeros capítulos. Los que refieren las malas artes del Bachiller (4) el matrimonio de Rufina con Sarabia, (5) y aún el robo del avaro Marquina, (6) resultan agradables y entretenidos; pero los episodios siguientes carecen de variedad: en el del genovés de Córdoba (7) se repite el del indiano de

---

(1) *Ensayo citado.*

(2) Valencia, 1632.

(3) Logroño, 1634.

(4) Cap. I y sig.

(5) Cap. II y sig.

(6) Cap. IV y sig.

(7) Cap. IX y sig.

Sevilla, el del ermitaño Crispín (1) aparece exagerado é inverosímil, y el del escritor de comedias, (2) menos intencionado y jococo de lo que el autor se propuso. Aparte de esto, la corta extensión de la novela, la rapidez de su acción y la limpieza de su estilo, hacen recomendable su lectura, por más que diste mucho del aplauso con que la recibieron sus contemporáneos.

También merece aquí señalado lugar el judaizante segoviano Antonio Enriquez Gómez, autor de *El Siglo pitagórico* (3) extraña obra de la cual forma parte la *Vida de Don Gregorio Guadaña*, autobiografía en que se desenvuelve una acción muy semejante á las del *género picaresco*. Nacido el héroe en Triana, y emparentado con Toribio Quijada, Ambrosio Jeringa, Quiterio Ventosilla, Crisóstomo Candil y otros personajes de este jaez, toda la historia se reduce á pintarnos los lances que le ocurren en su viaje desde Sevilla á Madrid, y sus aventuras en la corte. Hay en ella episodios chispeantes, como el de la dama de Carmona, (4) quien teniendo encerrados á sus dos amantes en sendas alacenas, todavía brindaba con una tercera á don Gregorio; sucesos entretenidos, como el del juez (5) y el del alguacil Torote; (6) caracteres parecidos á los que trazó Cervantes en *La tía fingida;* y en su estilo picante, conceptuoso, y no exento de algún rasgo de mal gusto, se acerca mucho al satirizante Quevedo, sin que, como en éste, se deje de faltar en ocasiones á las leyes que exige la prudencia. Por último: con la *Vida y hechos de Estebanillo González*, (7) obra escrita, según unos, por este mismo personaje, según otros, por el astigitano Guevara, y, en rigor, de autor desconocido hasta ahora, cerrábase el brillante cuadro que la *novela picaresca* había ofrecido durante la primera mitad del siglo XVII. Más entenso este libro que los de Enriquez Gómez, Luna, Quevedo, Barbadillo y Solórzano, viene á ser una especie de recopilación de los anteriores, al par que

(1) Cap. XI y XV.

(2) Cap. XX.

(3) Rouen, 1644.

(4) Cap. IV.

(5) Cap. VII.

(6) Cap. VIII.

(7) Amberes, 1646.

una fiel exposición de sucesos reales, tal vez acaecidos al bufón de Octavio Piccolomini ó al escritor que se ocultó bajo aquel nombre. (1) Pilluelo y vagabundo como Lázaro, también Estebanillo es aprendiz de barbero como el Buscón, jugador como Trapaza, entremetido como Alonso, astuto como Marcos, y descarado y resuelto como Guzmán. Soldado en Flandes y en Italia, como en Alemania, marmitón en las galeras, vivandero en los campamentos, bufón en los Palacios, buhonero en las aldeas, y en todas partes *pícaro de jábega*, representa *la flor y nata de la briba*, resumiendo su carácter los más esenciales rasgos de cuantos en su oficio le precedieron. Pero esta misma cualidad, y el prurito en el autor por presentar á su héroe siendo el más *pícaro* entre los *pícaros*, contribuyen al principal defecto de la obra; pues de tal modo lleva y trae el novelista á su personaje, y con tal profusión aglomera los episodios, que, excepción hecha de algunos, como el del valiente de los mostachos, (2) el de los fulleros, (3) la batalla de Nordlingen, (4) etc., resultan la mayor parte descoloridos y faltos de interés á causa de la ligereza con que se pintan y la rapidez con que se suceden. Escrito en formas descriptivas, que más lo acercan á la historia que á la novela, y en estilo pretencioso, recargado de erudición y equívocos de mal gusto, es, sin embargo, la *Vida de Estebanillo González*, un libro curioso y entretenido, de suma utilidad para el conocimiento de la vida militar y política, del estado de los países y costumbres de aquel periodo, aún cuando mucho menos importante bajo el punto de vista del arte y del ingenio.

Abatido el espíritu nacional, apagado el númen que mantuvo en incesante triunfo nuestras letras desde Boscán y Garcilaso hasta Calderón y Rioja, y aportillada el habla castellana á los rudos golpes de *culteranos* y *conceptistas*, la *novela picaresca* corrió la suerte de los demás géneros literarios, no ofreciendo en adelante sino escasas y débiles imi-

---

(1) « Y te advierto que no es la fingida de Guzmán de Alfarache, ni la fabulosa del Lazarillo de Tormes, ni la supuesta del Caballero de la Tenaza, sino una relación verdadera, con parte presente y testigos de vista y contestes, que los nombro á todos para averiguación y prueba de mis sucesos. » *Prólogo al lector*.

(2) Cap. I.

(3) Id. id.

(4) Cap. VI.

taciones, en nada comparables á sus antiguos modelos. Todavía sin salir del siglo XVII, podemos citar entre las obras de Francisco Santos la que lleva por título *Periquillo de las gallineras;* pero ya el carácter de este personaje, humilde y encogido hasta convertirse en asceta, más parece imaginado para contrastar con el de los *pícaros*, que para seguirlos y emularlos en el camino de sus maldades. Durante el siglo XVIII se escribieron las *Aventuras de Juan Luís*, por don Diego Rejón de Silva, que sólo pueden citarse en demostración de que aún no se había extinguido el género, y la *Vida de Perico del campo*, compuesta por el abate Alcino, conforme al gusto francés, y más inspirada en Le Sage que en los novelistas españoles. En nuestro siglo, en fin, ha visto la luz pública la *Vida de Pedro Saputo*, obra en que D. Braulio Foz, con más entusiasmo por las letras patrias que rasgos de novelista, nos ha dejado una muestra de su ingenio y laboriosidad. Pero la *novela picaresca* concluyó para siempre con aquel siglo desventurado en cuyas postrimerías debían lamentar á un tiempo, la política sus errores, la fortuna sus prodigalidades, las artes sus innovaciones peligrosas, y la España entera cuantos desaciertos la pusieron al borde de su ruina. Perdidos los dominios de Italia y Flandes, constante refugio de españoles aventureros, inclinando el lastre francés la balanza de nuestras costumbres del lado allá del Pirineo, y agotado el aliento que condujera, así á nuestros grandes hombres como á nuestros grandes *pícaros*, á las empresas más arriesgadas, poco á poco se fué perdiendo este carácter, estrechado y perseguido por los mayores adelantos y mejor organización de las sociedades modernas. Despojado de su ropilla y ferreruelo, merced á los progresos de la indumentaria, bien pronto hallóse el *pícaro* sin ventas que le dieran albergue, sin corchetes á quienes cohechar, sin estados donde ir á ocultar sus rapiñas, sin piratas que lo hicieran cautivo, sin galeras donde expiar sus culpas, y hasta sin fé para borrar sus pecados con las lágrimas del arrepentimiento. Falto del *medio ambiente* necesario y expuesto á la inclemencia, sino desapareció, por desdicha, pues aún subsiste y subsistirá la raza, reformó su vida conforme al uso de las recientes costumbres, reclamando del arte que intentara reproducirlo, otras formas diferentes á aquellas en que nos le habían dado á conocer los escritores del siglo oro. Pasaron éstas, al ser ya insuficientes para mantener despierta la atención del lector, como pasaron las del gusto clásico, las del neo-clasicismo francés é italiano, las del viejo y

nuevo romanticismo; como, al cabo, pasarán también las del exagerado *realismo* y *naturalismo* imperantes, y cuantas duermen el sueño de lo venidero aguardando la mano misteriosa que levante el velo que las cubre. Pero como hay algo en el arte que, salvando las tendencias de época, los caprichos de la moda y los exclusivismos de escuela, persiste y persistirá siempre al través de los tiempos, todavía podemos acudir á nuestra antigua *novela picaresca*, seguros de obtener algún fruto, si lejos de pretender formales imitaciones que profanaran tan venerandas reliquias, buscamos en ellas el sentido de lo verdadero y de lo bello, la experiencia profunda de la vida y los más ricos tesoros del castellano estilo.

He llegado, Ilmo. Sr., al fin que me proponía; mas tocando esta clase de composiciones, de una parte á las de carácter histórico que adoptaron la forma autobiográfica, como las *Memorias de don Alonso Enriquez* y de *Don Diego Duque de Estrada;* de otra, á las satírico-alegóricas, como los *Sueños*, de Quevedo, *El Diablo cojuelo*, de Guevara, y el *Coloquio*, de Cervantes; y de otra, en fin, á la novela lupanaria como *La lozana Andaluza*, de Francisco Delgado, *La comedia Tebaida* y la *Serafina*, debieran señalarse ahora las semejanzas y diferencias que las acercan ó separan de tan diversos géneros, haciendo así más visibles sus caracteres. Inspirada tal novela en las costumbres de su siglo, é imitada por propios y extraños, tampoco fuera ajeno de este lugar determinar hasta qué punto reflejó la realidad ó acudió á la fantasía, y hasta donde alcanzaron sus influencias, ya dando asuntos á nuestros escritores dramáticos, principalmente á los entremesistas, ya sirviendo de fuente inagotable á los ingenios extranjeros. Pero todo esto me llevaría más allá de mi propósito. Harto fatigada vuestra atención con tan desmesurada lectura, será bien que aquí la termine;

no hallando palabras más adecuadas para ello, que aquellas con que el *Donado hablador*, dirigiéndose al cura de San Zoles, puso fin á su curioso relato:

« Este es, en suma, mi discurso: vuesamerced me perdone, que quisiera haberle entretenido con mejor estilo, más elegantes razones y mejor lenguaje; pero, al fin, ninguno puede dar más de lo que tiene.»

He dicho.



ERRATAS MÁS NOTABLES.

Pág. 1, lín. 15: se engala=se engalana.
» 7, » 20: y más tarde por Batteux=y más tarde exagerado por Batteux.
» 9, » 27: sino tan original=si no tan original.
» 10, » 6: contemplar la naturaleza=contemplar la naturaleza humana.
Id., » 41: cuando la poesía=cuando nuestra poesía.
Pág. 11, » 28: cual es en la que se pintan=cual es la en que se pintan.
» 12. » 7: con sus plantas=con las plantas.
» 16, » 15: con seguros datos=con más seguros datos.
Id., nota I: E. Chasses=E. Chassles.
Pág. 18, lín. 36: *Lazarillo del Tormes=Lazarillo de Tormes.*
Id., nota I: literatare=literature.
Pág. 21, lín. 32: gen il burguesa=gentil burgesa.
» 22. » 30: se dirigió=se dirige.
Id., nota, lín. 17: é arbitran=é arbitram.
Pág. 23, lín. 20: suprímase.
Id. » 34: *Vall de Crist=Vall de Christ.*
Pág. 24, lín. 9: á invocando=é invocando.
Id., » 10: aventnras=aventuras.
Pág. 25, » 7: tamayo=tamaño.
» 26, » 34: figuren=figuran.
» 27, nota III, lín. 5: desbediencia=desobediencia.
» 28, línea 34: *Lazarillo del Tormes=Lazarillo de Tormes.*
» 29, » 11: de todo el junto=de todo el conjunto.
Id., » 16: hacer alusión=hacer alusión alguna.
Pág. 32, » 3: en mil episodios=en los mil episodios.
Id., » 7: su obrar=sn obra.
» » 17: y con las elegancias=y siempre con las elegancias.
» » 39: albotacén=almotacén.
Pág. 33, nota IV: Lib.=Id.
» 34, lín. 15: sirviendo al embajador=sirviendo en Roma al embajador.
» 35, » 2: se dan á conocer las astucias de los venteros=se dan á conocer las artes de los *pícaros*, las astucias de los venteros, etc.
Id., » 27: el cuadro de sus necesidades y lacerias=el cuadro de sus debilidades y lacerias.
» » 32: compuesta, se dice, por el licenciado=compuesta por el licenciado.
Pág. 37, lín. 2: á que el libro=á que su libro.
» 40, » 2: todo pensamiento=todo mal pensamiento.
Id., » 34: doña Margelina=doña Mergelina.
» » 31: Los males=Los malos.
Pág. 41, » 34: lleva=llena.
» 43, » 22: matrimonio de Toledo=matrimonio en Toledo.
» 45, » 25: sino el mejor=si no el mejor.
» 46, nota III, lín. 3: por mes=por el mes.
» 47, lín. 21: al de Elena de Barbadillo=al de la Elena de Barbadillo.
» 48. » 3: jococo=jocoso.
» 49, » 7: como en Alemania=correo en Alemania.
» 50, » 37: sino desapareció=si no desapareció.



no
cor
Zol
hab
perc